CAPITULO III

RESPONSABILIDAD Y ACTITUD CRISTIANAS FRENTE A LA VIOLENCIA

Ya se señaló que dentro de algunos contextos cristianos se gestaron muchas inquietudes y movimientos revolucionarios en los siglos pasados. Los cristianos fueron los primeros que se preocuparon y denunciaron las injusticias sociales y la explotación del hombre que ha sido creado a la imagen y semejanza de Dios. Pero en América Latina han sido otros los abanderados en hacer estos reclamos ya que la Iglesia, completamente divorciada de la realidad, vive pensando y hablando de las cosas "celesciales". Esta cobarde actitud ha dado lugar para que se nos considere como defensores de los status como consecuencia de haber ingerido, y dado a otros, un opio religioso que nos ha convertido en seres insensibles.

Lo que debe avergonzarnos es que el comunismo y otros "ismos", desafían al cristianismo para que éste considere su responsabilidad hacia todos los hombres en todas las esferas de su vida y particularmente en lo social, político y económico. Este desafío es sumamente serio para el cristianos ya que se lo plantea un movimiento basado en un materialismo radical pero lleno de dinamismo y vitalidad.

Aunque se acusa a los marxistas de ser los culpables de los movimiento revolucionario en América Latina, esto no parece tan cierto cuando se mira el problema en su totalidad. Debido a las podridas estructuras de nuestros pueblos, es evidente que vivamos en un estado revolucionario, producto de la desesperación de las masas que habiendo vivido en un largo proceso de explotación, se muestran ya cansadas de esperar que se cumplan

las prometidas "mejoras". En tal situación, no les ha quedado otro camino sino seguir la voz de sus líderes aunque éstos sean comunistas. Lo que los comunistas han hecho es apoderarse muy bien de la situación y la están dirigiendo. ¿Qué hacemos los cristianos mientras tanto? Adoptamos posturas negativas olvidando que estamos llamados a ser orientadores en medio de estos explosivos momentos.

¿Cuál debe ser nuestra postura cristiana? ¿Debemos participar abiertamente en la revolución violenta o nos quedaremos al margen de todas estas situaciones? ¿Hay una tercera salida que debemos usar en medio de tanta violencia? Estas preguntas nos proponemos contestar a la luz de una orientación bíblico-teológica.

Conviene que se estudie la ideología que parece impulsar los movimientos revolucionarios en nuestro continente, no obstante que discrepemos con sus defensores en muchas cosas. Estudiar la ideología comunista con una positiva actitud cristiana, implica que el cristiano no debe tomar ninguna postura anti marxista o anti imperialista. Creemos que el cristiano no está en el mundo para proyectar su "anti" esto o aquello: nuestra posición al ser positiva, debe ser siempre reconciliadora. Esto no quiere decir que debemos comulgar con todas las corrientes ideológicas habidas y por haber. Por otro lado, esta posición nos obliga a formularnos las siguientes preguntas: ¿Qué estará tratando de enseñarnos Dios mediante el juicio que nos ha lanzado el comunismo? ¿No será el comunismo un movimiento catalítico en las manos del Señor de la historia para indicarnos el sueño y letargo de la Iglesia latinoamericana? ¿Serán los comunistas los únicos culpables de la violencia desatada en América latina, o es que hemos llegado a una situación cuando se hace necesaria-

mente inevitable la violencia? ¿Todas las revoluciones serán contrarias a la voluntad de Dios? ¿Qué es lo que Dios quiere que hagamos en nuestro aquí y ahora como cristianos, llamados a ser sal y luz de un mundo con ingentes necesidades?

La creciente penetración marxista entre nuestros pueblos es un serio problema para el mundo y particularmente para EUA. Pero, ojalá lo sea en grado mayor para el pueblo cristiano. Los comunistas han decidido guiar la revolución latinoamericana con medios muy bien conocidos. Esa tesis y orientación es cada vez mejor recibida por los millones de hombres y mujeres quienes piden un cambio radical de las estructuras sociales. "Marx no se lanzó a ofrecer a los hombres felicidad; los llamó a participar en una revolución".[1] El no quiso, como acusó a lis filósofos, interpretar el mundo, sino transformarlo. Creyendo que no es la conciencia de los hombres lo que determina la realidad, sino que la realidad es la que determina su conciencia, ha llamado a la clase obrera, a los proletarios explotados, a la rebeldía. Este tipo de llamamiento ha permitido a muchos la oportunidad de entregar la vida en busca de lo que se les ha prometido como única esperanza del momento histórico. Frente a estas promesas marxistas, ¿Qué ofrece y dice el cristiano?

¿Cómo han logrado penetrar los marxistas dentro de las masas latinoamericanas? Ha sido por el estudio y dominio del momento histórico que se vive. Realmente han concientizado a las masas frente a la realidad de las falsas estructuras reinantes. Han penetrado a esas masas con ati-

---

[1] Ricardo Shaull, El Cristianismo y la Revolución Social, México: Apdo. 97 bis, Casa Unida de Publicaciones, p. 104.

nada estrategia y muchas veces con las mismas armas de los cristianos pero con mayor vitalidad y dominio. "El marxismo descubrió que para un movimiento revolucionario potente es absolutamente necesario un sólido fundamento doctrinario".[1] Desconocer esta verdad ha sido la gran falla del cristianismo en muchas partes del mundo pero con intensidad espantosa en América Latina. En nuestro mismo círculo como cristianos, no tenemos plena y clara conciencia de la importancia de nuestra teología. Esa teología ha perdido su pertinencia y dinámica y por ello no se hace p proyección bíblica responsable frente a la compleja situación que nos rodea. Ignoramos los fundamentos teológicos de nuestra fe cristiana y el cómo proyectarla en la vida moderna cada vez más cambiante. Nos hemos conformado con un ABC teológico al recitar ciertos textos bíblicos mientras que nos mantenemos sordos y ciegos al espantoso cuadro de los que son cada vez más explotados.

Más que una tesis política, el marxismo parece ser, al contrario del cristianismo, una religión materialista cuyo cielo será una sociedad sin clases. A la esperanza de ese "cielo se debe en gran parte el interés que demuestran en los problemas de los hombres. No obstante que creemos que en esto hay mucha utopía, es evidente que ese interés en las cosas del hombre latinoamericano debe ser la preocupación del cristianismo. De nuevo hemos fallado habiendo dividido la vida del hombre entre las cosas sagradas y las cosas seculares, hasta el punto que creando un dualismo total, hemos sido culpables de que muchos vivan vidas marginadas de

---

[1] Ibid., p. 102.

toda la realidad. Vidas desequilibradas y completamente desorientadas. No hemos ofrecido ninguna solución positiva, cristiana y responsable que venga a solucionar los serios problemas del hombre latinoamericano. ¿Es que Cristo no tiene respuesta para hoy?.

El marxismo no solo ha dado al hombre toda la confianza en el futuro sino que ha despertado en él un espíritu de sacrificio frente al peligro de perder la vida misma si fuere necesario. Casi todo ser humano ha perdido la esperanza en la posibilidad de un cambio de cosas en vista de las duras lecciones de la historia: guerras, odios, tormentos, amenazas, conmociones. Pero a pesar de toda esta realidad, los comunistas han logrado brindar confianza y esperanza a las masas. Si esa esperanza ha muerto en las filas cristianas, nuestra es la culpa. Los profetas del Antiguo Testamento proporcionaron esperanza a sus pueblos estando en el exilio. Como veremos luego, nosotros también vivimos nuestro exilio en el sentido señalado en el Nuevo Testamento: "No tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir", (Heb. 13:14). "Así que ya no sois extranjeros ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos, y miembros de la familia de Dios", (Ef. 2:19). Agustín con su doctrina de la providencia, dio a los hombres una razón para vivir en los días de la declinación del Imperio Romano; y Juan Calvino, con su énfasis sobre la soberanía de Dios y la predestinación, proporcionó una esperanza que ha hecho del calvinismo uno de los movimientos más dinámicos de la historia de la Iglesia cristiana.[1] Esto nos hace confesar abiertamente que es res-

---

[1] Ibid., p. 109.

posabilidad del cristianismo, aunque no asumida por sus seguidores, lo que está haciendo ahora por el proletariado la ideología de Carlos Marx.

Los marxistas han hecho y están haciendo una labor más intensiva en la educación de las masas que cualquier otro movimiento en nuestros días. Ese énfasis es una arma poderosa ya que la aprovechan para concientizar a esas mismas masas que posteriormente han de apoyar el tipo de revolución más buscado por los comunistas: la violencia. Esta es otra lección muy seria para los cristianos ya que por años nos mostramos poco interesados en los asuntos académicos. Consciente o inconscientemente perdimos de vista la realidad de amarle a Dios con nuestra mente, dada por él. Como resultado de ese divorcio, graves males se señalan en la Iglesia: poca formación integral de sus miembros y gravísimas faltas en el énfasis educativo en nuestras iglesias. Todavía hay quienes sin conocer las doctrinas bíblicas, rechazan todo lo que no esté dentro del contexto educativo de la Iglesia. Con esto indicamos que ignoramos que el dinamismo de la fe implica necesariamente el dominio de otros saberes, los cuales han de servirnos grandemente en nuestro constante diálogo con nuestros prójimos aunque éstos sean comunistas. Es un principio univeral que la ignorancia es un gran mal y que muchas veces nos ha incapacitado a los cristianos, para el diálogo verdadero. Para que haya diálogo y no monólogo, debemos superar dos barreras: el lenguaje y los prejuicios.

Esta hora revolucionaria ha de servir como un desafío a todos los cristianos que hemos vivido alejados de los intereses de nuestros pueblos.

Con igual y mayor entusiasmo que los comunistas, hemos de llamar a nuestros hermanos y a los jóvenes en particular, para que entremos en todas las esferas de la vida para que seamos verdaderas luces en un continente con tantas injusticias y pecados. Si los marxistas están dispuestos a dar la vida por una causa que al final de cuentas no tiene la solución de los complejos problemas y necesidades del hombre latinoamericano, ¿qué ofrecemos nosotros los cristianos? ¿Cómo podemos demostrar a los comunistas que nosotros también estamos dispuestos a morir por el bien de los demás? Pablo se consideró como oveja lista para el matadero. Su vida, como la de su Maestro, se dio toda por el bien de los demás. Para ello renunció a muchas comodidades prefiriendo antes ser tenido por tonto. Los marxistas han lanzado a miles a dar la vida por la causa del partido y sus directrices.

> Levine era un judío alemán, y uno de los dirigentes de la República Soviética de Bavaria, en 1919. Fue capturado y sometido a una corte marcial. Cuando el tribunal le anunció que estaba condenado a muerte, Levine contestó altivamente: "Nosotros los comunistas estamos siempre bajo sentencia de muerte."[1]

¿Cómo podemos relacionar esa pasión de entrega a la causa marxista, con la vida de Cristo nuestro Señor quien ha enviado al cristiano, a servir y no tanto a ser servido? Todo lo anterior nos indica el por qué el comunismo ha llegado a ser una fuerza oída y determinante en América Latina.

---

[1] Ibid., p. 116.

¿Habrán sido decretados por Dios los sufrimientos y las vicisitudes de más de 200 millones de latinoamericanos? Las masas creen que no, y por lo mismo han decidido hacer lo que para nosotros, como cristianos, es una grave responsabilidad: enfrentar el hecho de una revolución violenta. Ese enfrentamiento se hace cada vez más necesario pero no menos delicado, ya que como convencidos de lo equivocado que están los marxistas, hemos de enfrentarnos también a ellos. En América Latina se ha declarado el comunismo como la única salvación de la presente situación revolucionaria. El partido está llamado a convertirse en un pueblo escogido, dotado de una especial iluminación que le capacitará para guiar a los trabajadores hacia la verdadera meta, que la mayoría de ellos no conocen.[1]

Como cristianos sinceros, debemos reconocer la seriedad de ese enfrentamiento ya que el comunismo no solo ha ganado terreno sino que es más que una filosofía materialista. Frente a todo esto viene la pregunta: ¿Puede el comunismo crear una sociedad moderna donde no se presente la injusticia social y las luchas de clases? ¿Puede el comunismo solucionar los gravísimos problemas de millones de latinoamericanos que piden cada vez más una verdadera justicia social? ¿Es posible la verdadera justicia social sin un arrepentimiento genuino a Cristo? Aunque muchos creen que si, y entre ellos muchos "cristianos", nosotros creemos que el comunismo no tiene toda la solución sino que, todo lo contrario, es una traición a la misma revolución latinoamericana. Igual que el Dr. Ricardo

[1]*Ibid.*, p. 36.

Shaull, creemos en los graves peligros del marxismo:

1. El resultado final del comunismo no será un grado mayor de justicia, ni la nueva sociedad que señaron los hombres, sino un poderoso estado que, a medida que se desarrolle, se apartará más y más de sus metas revolucionarias.

2. Se corre el peligro dentro de tantas técnicas, de que el hombre que ha sido creado, a la imagen de Dios, se convierta en una nueva máquina, en un nuevo autómata esclavo de la mecanización.

3. Se corre el peligro dentro del proceso marxista, de que la técnica sea la destrucción y el aplastamiento de toda la sociedad y por ende del hombre a quien quiso libertar.[1]

Todo esto viene a indicar al cristiano que él debe buscar una tercera postura entre el marxismo y el capitalismo, reconociendo a ambos como posiciones extremas no llamadas a resolver los serios problemas del hombre latinoamericano. En vista de lo anterior, creemos lo que está bien señalado:

1. La concepción marxista del mal lo incapacita para afrontar las nuevas manifestaciones del mismo mal reflejado en toda la sociedad.

2. Los marxistas no ven el mal en el corazón del hombre como un pecador que es sino en el sistema de la propiedad privada.

3. Siendo su posición en muchos utópica, no están preparados para afrontar las realidades de una sociedad post-revolucionaria.

4. La pretensión marxista se presenta como un absolutismo donde el Estado se ha convertido en un verdadero tirano del hombre.

5. El marxismo niega el valor de las únicas fuerzas espirituales y mortales que pueden salvar al hombre y a la sociedad.[2]

---

[1]*Ibid.*, p. 47.

[2]*Ibid.*, pp. 48-53.

¿Cuál ha de ser la tarea cristiana frente a tan complejo problema? Debemos estudiar cada situación a la luz de la Palabra de Dios para luego desarrollar una actividad responsable, producto de una actitud cristiana. Urgente es la llamada de la historia en momentos tan difíciles como los que nos ha tocado vivir. Cada cristiano debe responder responsablemente.

Antes del enfrentamiento responsable, es indispensable redefinir nuestra posición como hijos de Dios con todas sus implicaciones, privilegios y responsabilidades. Hemos de confesar que el mensaje evangélico que por años hemos expuesto a nuestro continente, tiene un verdadero sentido revolucionario que no hemos explotado debidamente. ¿No es el evangelio la potencia de Dios para salvación a todo el que cree? Si entendemos la salvación del "alma" en el sentido integral que se ve en el Antiguo Testamento, ¿No hemos de concluir que esa salvación implica lo mejor para el hombre aquí y ahora, incluyendo su sueldo, su trabajo, su familia, su angustia y todo lo demás? ¿Cómo puede el hombre que ahora es nueva criatura, conformarse con la miseria de la tierra causada por los opresores y explotadores de la misma? ¿No es nuestra responsabilidad preocuparnos por nuestras propias angustias y por las de los demás? ¿No es el hombre cristiano, a través de la Iglesia, el llamado a expresar esa bendita justicia de Dios? ¿No estará Dios clamando contra los opresores de América Latina como lo hizo en el Antiguo y Nuevo Testamento? ¿No será que la Iglesia, en este despreocuparse de lo que pasa en el mundo, ha perdido su conciencia y sentido de la verdadera revolución? Conviene que se oiga los reclamos divinos en la voz de Amós y de Santiago:

"Oid esta palabra, vacas de Basán, que estáis en el monte de Samaria, que oprimís a los pobres y quebrantáis a los menesterosos, que decís a vuestros señores: Traed y beberemos, Jehová el Señor juró por su santidad: He aquí, vienen sobre vosotras días en que os llevarán con ganchos, y a vuestros descendientes con anzuelos de pecador; y saldréis por las brechas una tras otra, y seréis echadas del palacio, dice Jehová:, (Amós 4:1-3).

"Por tanto, puesto que vejáis al pobre y recibís de él carga de trigo, edificastéis casas de piedra labrada, más no las habitaréis; plantastéis hermosas viñas, más no beberéis el vino de ellas. Porque yo sé de vuestras muchas rebeliones, y de vuestros grandes pecados; sé que afligís al justo, y recibís cohecho, y en los tribunales hacéis perder su causa a los pobres" (Amós 5:11-12).

"¡Vamos ahora, ricos! Llorad y aullada por las miserias que os vendrán. Vuestras riquezas están podridas, y vuestras ropas están comidas de polilla. Vuestro oro y plata enmohecidos; y su moho testificará contra vosotros, y devorará del todo vuestras tierras, el cual por engaño no le ha sido pagado por vosotros, y los clamores de los que habían segado han entrado en los oídos del Señor de los ejércitos. Habéis vivido, en deleites sobre la tierra, y sido disolutos; habéis engordado vuestros corazones como en el día de matanza, Habéis condenado y dado muerte al justo, y él no os hace resistencia." (Santiago 5:1-6).

Creemos que la fe en Cristo tiene un sentido muy revolucionario. Como cambio, es verdadero cambio: de adentro hacia afuera y posteriormente proyectado hacia todas las demás esferas de la vida del hombre. Eso implica oponerse a todo aquello que subestime y explote la vida de los demás hombres. El cristiano latinoamericano está llamado a expresar en esta difícil hora, toda la dimensión revolucionaria de su gfe. No hacer eso sino callar frente a los que explotan a las masas, es lo que ha hecho que muchos jóvenes se aparten de la Iglesia y entren a formar parte de ideologías no cristianas. De ahí que:

Estos interrogantes están inextricablemente ligados a la tarea evangelística de la Iglesia, a su servicio cristiano, a su vida comunitaria, esto es, a su misión total. Sin embargo, las iglesias se en-

cuentran con un inmenso déficit de reflexión teológica, bíblica y de ética social para responder coherentemente a las preguntas angustiosas de sus miembros, especialmente de los jóvenes, al paso que el Marxismo parece ofrecer respuestas concretas y remedios específicos a los candentes problemas del momento. Por los lados de la Iglesia hay perplejidad, confusión, desorientación. Muchos cristianos - cuyas conciencias han sido sensibilizadas precisamente por la predicación evangélica - entre ellos algunos estudiantes de seminarios, han optado por abandonar la Iglesia y hacerse líderes comunistas. Otros encuentran que su fidelidad a la Palabra de Dios les exige participar como cristianos, tanto en la demolición como en la construcción, corriendo todos los riesgos de la revolución. Al hacerlo han encontrado el rechazo de sus mayores, y muy a menudo de la jerarquía de sus Iglesias.[1]

Lo anterior nos presenta las dimensiones de una grave crisis ya que sin creer que los marxistas tengan la solución deseada, es evidente que mcuhos de nuestros miembros, inquietos, salen de una Iglesia dormida y marginada para inmolarse por una causa contraria a la fe cristiana. El célebre André Gide expresa así la mencionada inquietud:

Considero que a raíz de sus transacciones el cristianismo está en bancarrota. He escrito y lo creo firmemente, que si se hubiese hecho prevalecer y se hubiese llevado a la práctica las enseñanzas de Jesús, hoy no existíría el problema del comunismo y en realidad ni siquiera habría problema social.[2]

¿Qué es lo que conduce a muchos de nuestros jóvenes cristianos a entrar a las filas del comunismo sino la desesperación, la soledad y la conciencia cristiana?

---

[1]Gonzalo Cárdenas, Cristianismo y Sociedad, Año II, N° 5, Montevideo: 1964, p. 65.

[2]Samuel Escobar, Diálogo entre Cristo y Marx, Lima, Perú: Editorial "Nueva Educación", Los Opalos 165-Balconcillo, 1967, p. 19.

> Un funcionario comunista dijo: Yo soy hijo de un pastor evangélico. Cuando tenía dieciséis años, fui soldado en una unidad antiaérea. Un día nos atacaron los bombarderos, y cuando vi los cadáveres que yacían a mi alrededor comencé a meditar sobre el significado de todo ese horror, y entonces empecé a hacerme marxista. Ahora sé por qué se producen las guerras, y qué tenemos que hacer para impedir la repetición de esa carnicería.[1]

Si la Iglesia quiere encarar responsablmente la crisis que se le ha planteado, tiene que romper con muchas de sus posturas dualistas que ha estado defendiendo por años y que ha dificultado su verdadera proyección en la presente hora. Parte de ese dualismo que consideró al mundo como algo del cual tenía que huir completamente el cristiano, fue traído como equipaje eclesiástico por las primeras agencias misioneras que se establecieron en nuestros países. Pero esa actitud equivocada, porque equivocados estaban sus bases bíblicas, señalan otro rumbo al cristiano de nuestros días: conviene entender el correcto uso de la palabra mundo en Las Escrituras para luego conocer la problemática del momento histórico latinoamericano necesitado con urgencia de nuestra orientación cristiana. Haciendo una distinción sociológica, creemos que la Iglesia latinoamericana debe conocer bien los ingentes problemas de cada uno de nuestros pueblos si es que queremos ser fieles a la comisión redentora que nos ha sido dada. Frente a esta realidad tócale a esa misma iglesia, la responsabilidad de orientar a las misiones y misioneros extranjeros que colaboran con noso tros en la entrega de un mensaje que debe ser predicado. Cristo Jesús tiene la solución para los problemas del hombre. Hemos fallado no-

---

[1]Ricardo Shaull, <u>El Cristianismo y la Revolución Social,</u> op. cit., p. 21.

tablemente en cuanto a la orientación que necesitaban y necesitan muchos de nuestros misioneros extranjeros, con relación al cómo y al dónde deben penetrar con el mensaje de redención en Cristo Jesús. Resultado de ese descuido es el cuadro que vemos hoy día: misiones foráneas dirigidas por organizaciones a "control remoto" las cuales desconocen nuestras costumbres. Esto ha sido tan negativo en algunos países, y mucho más cuando tanto la Iglesia como las "misiones y misioneros" callan frente a las injusticias sociales. Creemos que frente a una verdadera revolución estos grupos serán perseguidos al ser considerados como defensores del status.

El éxito en el cumplimiento de la responsabilidad de la Iglesia en esta parte del mundo, dependerá de su sentir y vivir dentro del ecumenismo que refleja la diversidad dentro de la unidad de la Iglesia Cristiana. Seguros de la fobia contra el término ecuménico que se ve en muchos círculos evangélicos, y esto por prejuicios e ignorancia, creemos que ahora más que nunca se hace necesario una renovación dentro de las filas del cristianismo evangélico latinoamericano. Conviene por lo tanto, que grandes inquietudes y preocupaciones ecuménicas penetren en nuestras Iglesias y en su propia teología. Ese no vivir dentro de la dinámica unidad unidad cristiana, nos indica el por qué no hemos podido ser mejores evangelistas.

Parte del rompimiento del cristiano con las tradicionales posturas "espirituales" será: acabar con aquello de que no participaremos en ninguna revolución violenta porque es la voluntad de Dios que vivamos así

como estamos. Esa cobarde e irresponsable actitud dio lugar a la acusación, con razón, del "opio", de Carlos Marx.

El antiguo pesimismo semi-religioso, expresado en frases como "es la voluntad de Dios que seamos pobres" o "nacimos pobres y pobres moriremos" o eso de que las "miserias", dolores y sufrimientos serán recompensados en la otra vida, está siendo cambiado por una conciencia cada vez mayor de que la injusticia puede trocarse en justicia, que la explotación puede desaparecer y dar lugar a una mejor distribución de los bienes y el poder, que la ignorancia y el embrutecimiento (deshumanización) pueden cambiarse en oportunidades de mejor educación y condiciones más humanas que vida. Y todo esto en esta vida y no en la otra. Las masas están dispuestas a no esperar más y hacer el cambio que se requiere con urgencia. De ahí que la revolución tiene un verdadero sentido de urgencia.[1]

Debemos estar muy dispuestos a enfrentar la revolución en la forma como se presente y con firma actitud cristiana. Muchos cristianos rechazan la revolución violenta al decir que ésta no puede ser un método cristiano ni puede traer buenos resultados. Respetamos esas opiniones pero, ¿Cuándo ha habido en toda la historia humana un cambio radical de estructuras sin el uso de la violencia? La caída del Imperio Romano no fue posible sino por medio de la violencia; el cambio de las explotadoras estructuras como resultado del feudalismo se hizo realidad cuando se decidió usar el método de la violencia; las monarquías absolutas no podían ser cambiadas sin el uso de la fuerza de la violencia; la revolución francesa no se hizo con medios pacíficos como tampoco se hará la que necesitamos en América Latina. Con esto no queremos justificar todo movimiento violento por la violencia misma. Pero nos explicamos la necesidad de ese medio que no es el mejor, frente a las viciadas y monolíticas estructuras

---

[1]Flavio Barbiere, Cristianismo y Sociedad, Montevideo, N° 4, 1964, p. 264.

que están vigentes en todos los Estados latinoamericanos.

A veces la revolución será algo pacífico; pero la mayoría de las veces será muy violenta. Los que están en el poder no lo entregarán por "las buenas". La violencia no es problema para los marxistas que sugieren que donde no se logre el cambio por medios pacíficos, la única salida será el empleo de las armas o lo que se conoce como la violencia revolucionaria. Sin que podamos evitarlo, la ideología marxista es la que va a darle caríz violento a las revoluciones. Cuando eso pase, la Iglesia debe estar presente para que en medio de la revolución, aun participe como elemento reconciliador.

La Revolución como Problema Teológico

Hablar de la revolución como un problema teológico, puede sonar un poco insolente para muchos. Pero no ha sido esta nuestra intención al abordar un tema que, como éste, preocupe a muchos estudiantes de teología. Muy poco se ha hablado, en teología, de la revolución; y cuando se ha hecho, es para condenarla. Pero más nos ha inquietado esa actitud al preguntarnos si todas las revoluciones son contrarias al Reino de Dios, o si El está metido en estas cosas. ¿Será siempre pecado reaccionar contra un gobierno injusto y explotador, por el hecho de que los gobiernos han sido ordenados por Dios? Si los gobiernos explotadores han sido ordenados por Dios, ¿Cómo debo portarme frente a ellos? ¿Será verdad que tenemos una cultura revelada que nos impide mezclarnos en las luchas, ya sean justas o injustas? ¿Será válida una teología que no tenga nada que decir al creciente movimiento revolucionario de América Latina? ¿Cómo se

ve el Estado en el Nuevo Testamento? ¿Es Dios un pacificador? Al tratar de contestar estas preguntas, estudiaremos las implicaciones teológicas de la revolución.

Es evidente que Cristo no rehuyó el diálogo aun con aquellos que parecían ser violentos. El dialogó muchas veces con la jerarquía farisea, con los políticos de su tiempo, los saduceos; dialogó con los imperialistas de su tiempo como eran los romanos. Se enfrentó a los publicanos cobradores de impuestos saliendo en todo tiempo victorioso. Dialogando lo vemos en el mismo momento de su muerte en la cruz del calvario. Sólo una equivocada teología nos puede presentar a un Cristo desfigurado y cobardón, a un Cristo que se concentra en un constante monólogo sin importarle las ideas y los problemas de los hombres de su tiempo. Jesús se identificó con los antiguos revolucionarios: los zelotes (Lc. 13:1; 6:14; Hch. 1:13; Mar. 3:18; Mat. 10:4). "Judicialmente fue condenado por los romanos porque éstos le consideraron un zelote revolucionario (Jn. 19:19). El "Titulus" indica un crimen puramente político: rey de los judíos.

La base bíblico-teológica de la revolución obligará al cristiano para que interpretemos nuestra responsabilidad con la Iglesia y con el mundo teológico y sociológico. Siendo así, es posible que frente a la violencia que se vive y libra en nuestros pueblos, bien puede estar actuando Dios e invitando al cristiano para que éste participe. No podemos concebir la Iglesia de Jesucristo en términos estáticos. Como verdadera Iglesia de Jesucristo ella existe para tener relación con el mundo. Pero desgraciadamente nuestras Iglesias son de estracción media y burguesa. Sien-

do así, nuestra mentalidad de clase media y burguesa dan dos resultados: Iglesias cómplices de las injusticias sociales e Iglesias que crecen en la inercia.

Como cristianos latinoamericanos urge que nos percatemos de que vivimos en medio de verdaderos Estados burgueses viciados de gravísimos males. Es nuestra la obligación de encarar y tomar firme actitud cristiana ante las mencionadas realidades. No podemos quedar callados frente al proceso de explotación y absolutización del Estado. Como en el Nuevo Testamento y ahora también, no debemos olvidar que el Estado existe como una realidad provisional dentro de la tensión escatológica que caracteriza el Reino de Dios sobre la tierra. Creemos que sí es cierto que el cristiano debe colaborar con el Estado pero no cuando éste al explotar a los hombres, toma ciertas atribuciones que no le corresponden. Partiendo de estos principios hablamos de una teología de la revolución.

Además de ser un problema teológico, la revolución tiene que ver con conceptos y actitudes. Que si se considera a la revolución contraria o no al Reino de Dios, deberá depender de la madurez teológica que el cristiano tenga y de su concepto de la revolución. Basado en esto es como la Iglesia y la teología se han mantenido impotentes para pronunciarse en favor de la revolución, y en lo general, sólo fueron capaces de una negación dogmática y emocional de las fuerzas revolucionarias. Pero aun así, creemos que algunas perspectiva teológica ha de haber con relación a los movimientos revolucionarios. Se desprende de lo dicho hasta ahora, que las Iglesias latinoamericanas se les reta a una seria reflexión y estudio

teológico en busca de una respuesta que represente la voz del Espíritu Santo. Esto implicaría dejar toda idea preconcebida y todo "mito religioso" y ahondar en la Palabra de Dios en forma muy responsable. Estos días de transformación y cambios también nos retan a una renovación de nuestro entendimiento en Cristo Jesús nuestro Señor.

Urge que ahondemos en muchos temas que como el Estado, están bien enfocados en las Escrituras. Si la revolución pretende cambiar las falsas estructuras muchas veces auspiadas y mantenidas por el Estado, conviene recordar que en el Nuevo Testamento ya se ha presentado el problema de la actitud del cristiano frente a una situación similar: el Estado Romano. No interesarnos en estos problemas del hombre contemporáneo es negar totalmente nuestra responsabilidad. Sería muy fácil tomar varios pasajes bíblicos (Fil. 3:20; Heb. 13:14; Ef. 2:19) para tratar de justificar nuestro marginarnos de la revolución violenta. Pero cuando se estudia este tema a la luz de toda la Biblia, no le queda otro camino al cristiano que actuar en la forma como el Señor de la historia se lo indique.

Generalmente hemos creído que Dios tiene un solo medio de revelarse en la historia, y cuando se trata de revoluciones optamos por la no violenta creyendo que Dios no la usaría. Nos preguntamos si no corremos el peligro de tratar de encasillar a Dios en posturas y medios monolíticos. Si El es el Señor de la historia, y lo es, ¿no puede usar muchas "formas" para penetrar en Su mundo?

Los marxistas analizan e interpretan los hechos históricos por medio de su materialismo dialéctico. Pero ellos no fueron los primeros en

señalarnos el alto dinamismo de la historia. Ya la Biblia nos había hablado de este proceso dinámico de la historia a través del pueblo judío. Para los griegos no hay propiamente historia ya que la consideraban movimiento cíclicos que no tenían sentido. Pero los profetas del Antiguo Testamento al hablar del sentido de la historia, nos indican que su movimiento va guiando al mundo hacia un punto ordenado por Dios. ¿Escapa América Latina de ese dinamismo histórico? Varios textos nos señalan esa relación de Dios con su mundo:

1. En Jesucristo, Dios ha reconciliado al mundo consigo mismo (2 Cor. 5:19). En este sentido Jesucristo es Señor del mundo e interviene en formas y medios que no sabemos. Este mundo bajo el dominio de Dios ha entrado a la historia escatológica y, no obstante que el poder del mal está desencadenado, Dios en Cristo rige al mundo hacia el Reino Suyo.

2. Dentro del mundo para renovarlo (2 Cor. 5:17), y sinque veamos la continuidad, Dios está haciendo que la historia del mundo sea positiva aun en medio de las grandes tensiones revolucionarias.

Afectada por el señorío de Cristo, vive la iglesia, que forma parte del mundo pero cuenta con la presencia y guía del Espíritu Santo. Esa Iglesia debe tomar conciencia de la transformación de la historia, que se está operando en Cristo Jesús. El participar en la historia como misión del Espíritu Santo es más que el producto de una interpretación teológica: es ir dirigido por el Señor de la Iglesia hacia los lugares y situaciones que reclaman Su presencia. Encarnada en las difíciles circunstancias revolucionarias, la Iglesia no debe olvidar que el problema básico del hombre es su pecado y rebeldía contra Dios. Por estar alejando del Señor de la historia el hombre tiende a deificar algunos sis-

temas socio-económico y políticos. Este mal ha sido bien señalado por Samuel Escobar: "el mal de fuera evidentemente en lo social, lo económico y lo político, es una manifestación del mal básico interior que Cristo llama pecado".[1] Basados en esta realidad del pecado creemos que es utópico todo programa que desee cambiar nuestras estructuras en América Latina, marginado de la orientación Divina.

> Nuestra fe cristiana nos confronta en medio de nuestra propia historia, con un testigo de una historia especial de la redención del hombre. Señala hacia acontecimientos que se entienden como hechos de Dios, por los cuales una nueva vida humana es posible dentro de los órdenes del mundo. Jesús de Nazaret, como encarnación de Dios, revela que esta preocupación por la humanización del hombre se encuentra en el centro mismo del universo y de la historia. En él, la plena realización de la vida humana es tanto un hecho como una posibilidad que nos ofrece. Creer en su resurrección y su Señorío sobre el mundo, significa que esta posibilidad de realización resulta vencedora una vez tras otra en medio del conflicto y del mal, y constituye la meta hacia la cual se mueve la vida del hombre dentro de la historia.[2]

Lo que creemos es que la historia dentro del poderío de Cristo, se ha convertido en una esfera de gracia en la cual puede actuar sabia y confiadamente el cristiano. Quizás ahora en medio de una sociedad explosiva, Dios le esté brindando a la Iglesia latinoamericana, la única oportunidad para que encuentre para ella y para otros, el verdadero sentido de la vida mediante el cambio de las estructuras sociales. Esto se hará cuando reconozcamos que el hombre no es el Señor de la historia sino que ésta es el campo de acción de un Dios soberano que actúa por medio de

[1] Samuel Escobar, op. cit., p. 23.

[2] Ricardo Shaull, Testimonium, op. cit., p. 44.

otras agencias además de la Iglesia. Pero Dios no está marginado a Su mundo: El ha penetrado en el mun do para redimirlo en la persona de Cristo Jesús. Siendo así, conviene que busquemos su dirección en nuestra activa participación en el cambio deseado. No debemos olvidar que una revolución mal encauzada puede terminar en la peor tiranía contra el mismo hombre. Debido a estos peligros creemos que el marxismo puede ser el peor enemigo de la verdadera revolución debido al énfasis que pone en el Estado comunista y a su concepto del trabajo. Este énfasis es contrario a muchos conceptos bíblicos-teológicos (Ecl. 2:4-11; Lc. 12:1-22).

El grito de las masas está dirigido hacia los grandes latifundistas que acaparan y dominan las tierras en contra del que la trabaja. La urgencia de un cambio está plenamente justificado.

> Es evidente que el Creador quiso que la tierra fuese para el uso de las criaturas que la habitan. Consecuentemente, a ninguna criatura debiera desposeérsele de alguna u otra parte de la tierra, y ello en proporción que le permita suplir las necesidades de la vida. No porque haya virtud mística alguna en la tierra. El hecho simple es que un hombre que tiene una pequeña propiedad tiene un arma de defensa en la lucha por la vida. No es la víctima impoten-te del mercado del trabajo. Su propiedad le permite rehusar un salario injusto sin tener que morirse de hambre en consecuencia.[1]

Según el Nuevo Testamento la historia humana, desde Jesucristo en adelante - con todas sus tragedias y triunfos, con sus esperanzas y desilusiones, con sus estructuras, su cultura, sus revoluciones y sus guerras, sus armisticios y sus alianzas - tiene un solo sentido: la oportunidad de escuchar y recibir el evangelio. Aparte de eso, la historia no

---

[1]Samuel Escobar, op. cit., p. 20.

tiene sentido. La tierra no es nada más ni nada memos, por cierto, que el escenario donde se realiza el drama del llamado del evangelio y la respuesta de la fe.[1]

El orden, la justicia, la medida de paz y libertad que se puede implantar en este mundo mediante las estructuras de la sociedad, son las garantías necesarias para la proclamación del evangelio salvador. Se necesita una especie de "orden de preservación" que permita que el hombre sobreviva como ser humano que pueda escuchar el anuncio de la palabra y que responda al mismo. El Estado (en este caso el Imperio Romano) viene a quedar totalmente subordinador al anuncio de la salvación en Cristo.[2]

Lo que se está haciendo, y esto tiene un sentido bíblico, es que debemos observar y recordar que el Estado es una agencia provisional dentro de la soberanía de Dios. Siendo así, debe no ser despreciado por el cristiano sino aceptado condicionalmente. La triste realidad es que todo lo contrario a la privisionalidad del Estado, éste ha sido deificado y usado como medio de explotación del hombre. Frente a este estado de cosas, creemos que el cristiano está llamado a rebelarse contra el sistema. Debe rebelarse proféticamente en la forma cómo Dios se lo indique. Algunos dirán que la Biblia indica que toda persona ha de estar sometida

---

[1]José Míguez Bonino, Cuadernos, Año X, N° 4, Octubre-Diciembre, 1961, p. 336.

[2]Ibid., p. 237.

a las autoridades superiores, ya que no hay autoridad aparte de Dios. Esto es evidente en las Escrituras. Pero cuando ese Estado se constitúye en explotador y violador de los derechos del hombre; cuando se llena de vicios que deshumanizan al ser creado a imagen y semejanza de Dios, ¿Qué ha de hacer el cristiano? Algunas veces quizás Dios nos indicará el sometimiento. Pero en otras ocasiones, como hizo en el Antiguo Testamento, nos ordenará colaborar en la búsqueda del cambio de las estructuras esclavizadoras (Rom. 13:1).

Contra la participación del cristiano en la revolución violenta, se citan pasajes como este: "Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán; y aun ante gobernadores y reyes seréis llevados por causa de mí, para testimonio de ellos y a los gentiles" (Mt. 10:17-18). Pero esto, sin querer decir que la Iglesia siempre ha de ser perseguida por el Estado, aunque esto ha pasado durante toda la historia, no quiere decir que la Iglesia debe mantenerse callada e inactiva frente a un Estado que se convierte en "dios" del abuso y de la explotación de los hombres. No debemos creer que todos los males han de ser arreglados solamente en la parusía. Dios ha comenzado su juicio contra los hombres y contra sus pecados. El estado de las estructuras sociales en América Latina, es ofensivo a Dios porque están establecidas sobre bases injustas e inmorales.

Al estar abogando por un cambio de estas estructuras, no debemos pretender establecer un Estado teocrático latinoamericano, ya que esto es falso por lo utópico que es. Además, y esto ya lo hemos señalado, el pro-

blema básico de nuestro continenete es de orden espiritual. Pero no obstante, nosotros creemos que es posible el cambio de estructura que permita que el hombre viva en condiciones más justas y humanas. En este sentido, creemos que el cristiano debe presentar una firme resistencia tanto al Estado teocrático como a los males vigentes en todos los países latinoamericanos. Con esta resistencia no queremos decir una nueva "guerra santa" necesariamente. Pero sí una actitud valiente firme y responsable frente a las demandas del momento y las orientaciones de Dios.

La actitud de Jesús frente al estado de cosas romano es mucho más profundo que el clásico pasaje de Marcos 13:13: "Toda persona sométase a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas". Tenemos que verle a Jesús frente a los zelotes. El no aceptó al Estado sin crítica como un último presupuesto dado. En Lucas 13:32 leemos: "Y les dijo: Id, y decid a aquella zorra: He aquí, echo fuera demonios y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día temino mi obra". No vaciló en llamar "zorra" al gobernante "ordenado" por los romanos, el cual indicó al Maestro que saliera de su territorio.[1] La misma crítica severa hizo Jesús contra los gobernantes que al enseñorearse sobre las naciones exploraban al hombre (Lc. 22:25). Lo trágico de esta denuncia de Jesús es que dice que mientras que esos gobernantes explotaban al pueblo, se hacían llamar "bien-

---

[1]Oscar Cullman, El Estado en el Nuevo Testamento, Traducción del Dr. Enrique Gimbernat, Madrid: Ediciones Taurus, 1966, p. 33.

hechores". Estas situaciones denundiadas por el Maestro, son similares a las que viven millones de hombres latinoamericanos. Pero lo tristemente lamentable es el cómplice silencio de los cristianos. Somo retados a la acción responsable.

¿Qué significa lo que dijo Jesús en el Sermón de la Montaña cuando aconsejó "no oponerse al mal"? Esto cobra especial significado frente al enfrentamiento de Jesús con los zelotes. Estos se oponían al Estado romano con las fuerzas de las armas. ¿Cómo se ve esa resistencia a la luz de Mateo 11:12?. Aquí, ¿se alaba o se censura la furia por el Reino de los cielos? Ciertamente hay censura y reprobación de la acción tomada. Aquí se ve el Reino de Dios como algo mayor que el Estado. Pero es una medida equivocada luchar contra el Estado para establecer el Reino de Dios.[1] En cuanto a un dominio político, como pensaban los zelotes en relación con el establecimiento de un mesianismo de Jesús, debemos rechazar tal idea como Jesús la rechazó. Su Reino no era ni es como lo habían pensado los zelotes: político.

Cuando hablamos de la violencia como el único medio que ha de usarse para el cambio de las estructuras sociales en latinoamerica, lo hacemos no por justificar la violencia por la violencia misma sino porque creemos que ésta ha de aceptarse como un "mal menor" frente al crítico estado de cosas. Jesús en una ocasión exhortó a sus discípulos a luchar con espada (Lc. 22:35-36). En otro pasaje (Mt. 26:53) ordena guardar la

---

[1]*Ibid.*, p. 35.

espada diciendo que el que tome espada morirá a espada. Vivimos en los días de la "toma de espada". Muchos - la minoría - han tomado la espada de la explotación contra millones de latinoamericanos. ¿Bastará que la Iglesia de Cristo ore frente a esta crisis? Los discípulos tomaron la espada para la defensa personal. ¿Se justifica hoy, salir en defensa de los explotados de siempre? Esto no significa el convertir a la Iglesia en un arsenal para que sus miembros salgan posteriormente a participar en las "guerras de guerrillas". Pero sí quiere decir que la Iglesia, y el cristiano, deben despertar de su situación marginada y estar listos a obedecer la voz de Dios en cualquier situación dada. Conviene que meditemos en las palabras siguientes:

> A los cristianos de este continente nos conviene actualizar la actitud de Jesús frente a los que querían cogerle en un veredicto (Mr. 12:13): "Hemos de pagar impuestos al César o no" Jesús no se compromete pero tampoco elude su responsabilidad. Si contesta negativamente, se declarará zelote. Si lo hace afirmativamente, sería declarado colaborador del status. Frente a Jesús está en juego la soberanía de Dios y la del César. Pero en esto había prioridades: César no es igual a Dios. En esta forma reconoce que el Estado dentro de su juridicción, puede exigir lo que le corresponde: dinero, impuestos: Dad a Dios lo que es de Dios, es decir: lo que él pide: vuestra persona entera a su servicio.[1]

EL verbo griego apódare, quiere decir devolver. ¿No quiere Jesús, irónicamente, decir al pueblo latinoamericano que le devuelva al César la moneda sobre la cual estaba acuñada la imagén del gobernante? Ya Jesús indicó que se debía pagar impuestos al Estado (Mt. 17:25). Pero ¿Qué nos estará indicando que hagamos frente a -los ricos y explotado-

---

[1]Ibid., p. 50.

res de América Latina? Como bien lo indicó Jesús, (Mt. 26:52), nos gustaría que cada espada volviera a su vaina. Pero, ¿cómo puede volver cuando millones de espadas de pobreza, explotación, descriminación y de hambre se han levantado contra millones de nuestros prójimos?

Se interpreta mal al apóstol Pablo cuando partiendo de lo que dijo en Romanos 13:1, se actúa irresponsablemente frente a los crímenes vicios y atropellos de nuestros conciudadanos. Tal actitud es cómplice y de alta traición a los justos reclamos divinos (1 Cor. 6:1-3). En 1 Corintios 2:8 Pablo admite, como buen judío, la posibilidad de poderes demoníacos entre los dominadores del mundo sin dejar de pensar en los poderes humanos. Esto es cierto a la luz de los paralelos en Hechos 3:17 y 13:27 y, sobre todo, del hecho que se aluda a la crucifixión de Jesús que fue llevada a cabo dentro de un marco completamente empírico histórico. Es importante que Pablo haya visto y señalado entre los gobernantes de su tiempo, ciertos poderes invisibles con responsabilidades ejecutivas. Frente a esta realidad nos preguntamos si estamos obligados a aceptar todo los sistemas gubernamentales como la voluntad de Dios, o debemos pensar que en algunos existen los mismos "poderes invisibles" de los cuales nos habla Pablo. Decir que "nuestro Estado está en el cielo y aquí somos nada más que "huéspedes", (Ef. 2:19) se puede convertir en una gran excusa para el cristiano. Admitiendo que somos "huéspedes", no quiere esto decir que el Estado ha de aceptarse como algo absoluto, Todo lo contrario, el cristiano debe mantenerse en constante actitud de crítica frente al Estado. Se nos ordena guardar lo establecido por Dios (1 P.

2:14) pero otra cosa debe ser cuando lo llamado "establecido por Dios" se levanta contra el hombre y contra Dios.

La Iglesia cumplirá su cometido si permanece fiel a la posición escatológica fundamental del Nuevo Testamento. Se podría mostrar cómo la Iglesia, en el transcurso de su historia, ha tomado una actitud equivocada ante el Estado, siempre que ha olvidado que el tiempo presente es ya cumplimiento, pero aun no consumación. Entonces aparecen las soluciones extraviadas que nos encontramos, de vez en cuando, en la historia: o bien la Iglesia intenta colocarse en lugar del Estado, o bien el Estado es aceptado simplemente sin planteamiento de problemas y sin críticas en todo lo que hace. Aunque la actitud de la Iglesia es en cada uno de los dos casos radicalmente opuesta, se trata ambas veces del mismo error: abandonar la concepción del tiempo final del Nuevo Testamento.[1]

Por parte del Estado, el presupuesto no es que sea necesariamente cristiano, sino que sepa dónde están sus límites; y esto puede hacerlo, como hemos oído en la carta de los Romanos. En segundo lugar, el Estado ha de esforzarse en entender la actitud de sus súbditos cristianos tanto como pueda. A este respecto, la cruz de Cristo debe ser para él una señal de aviso.[2]

Cuando se cita a Romanos 12:14: "Bendecid a los que os persiguen; bendecid y no maldigáis", para justificar la aceptación cobarde del _status_, es porque se absolutiza un pasaje aislado del contexto general de

---

[1]_Ibid._, p. 106.
[2]_Ibid._, p. 106.

las Escrituras. En este verso se habla del precepto del amor. Del contexto se deduce, en primer lugar, que el Estado, en realidad, hace todo lo que es contrario a lo que debe hacer un cristiano: "Se venga del mal". Pero el cristiano no debe devolver mal por mal, se ha dicho antes (Ro. 12:17).[1] Hoy hay una actitud condenatoria contra toda violencia. Pero los que así actúan olvidan que la violencia se debe a un estado de explotación violenta, a la cual se ha querido obligar a muchas personas. Es inmoral e inconsecuente condenar la violencia de los orpimidos o de sus defensores, mientras que se calla la violencia que el Estado ha desatado sobre la mayoría.

Aunque tratamos de dar una respuesta teológica en cuanto a la intervención del cristiano en la situación revolucionaria, creemos que es tarea de la Iglesia descubrir con frescuera la pertinencia del evangelio para la vida total de nuestros explotados pueblos. En medio de esta nuestra agonía dentro de "los tiempos", nos parece oir la voz de Dios diciendo: "Mira que te he puesto para arrancar y destruir... para edificar y plantar... porque yo soy contigo" (Jr. 1:10-19). A estas alturas, nadie ignora que el pueblo está maduro para la destrucción de las falsas estructuras y en espera constante de una nueva construcción. ¿Debe la Iglesia quedar fuera por falta de base teológica? Creemos que no. Un Dios de acción parece indicarnos el camino por seguir.

Cuando abogamos por la presentación de una auténtica teología latinoamericana, pedimos entre otras cosas, que se presente una orientación

---

[1] _Ibid._

bíblica integradora y no la división radical entre el cristiano y las cosas que le rodean. Creemos que una teología que no pueda aplicarse a nuestro aquí y a nuestro ahora, además de ocuparse de las cosas celestiales, no tiene mucha validez para nuestro momento histórico.

> Llamamos a las Iglesias a una encarnación en los dolores y las esperanzas de la sociedad en la que viven. Las llamamos a un ministerio profético, cuya meta no es la propia supervivencia de la Iglesia sino la afirmación del señorío de Jesucristo, cuyo trono fue una cruz y cuyo poder se ejerció de rodillas, sirviendo. Llamamos a los cristianos a una participación decidida y valiente en los asuntos de la comunidad. Llamamos a la Iglesia a rodear con cariño y comprensión a aquellos de sus miembros que luchan en la arena política o en los sectores de la vida pública. Llamamos a la Iglesia a una tarea evangelizadora en una dimensión más amplia que no solo busque aumentar miembros en sus registros, sino aumentar el número de testigos presentes de Jesucristo, Señor del mundo, en el mundo.[1]

El penetrar en la lucha revolucionaria podría brindarnos nuevas posibilidades de reflexión teológica sobre los problemas que enfrentamos, y al mismo tiempo, sorprendernos ante el descubrimiento de un nuevo significado de nuestra presencia. La base de esta esperanza está en la linea de pensamiento teológico desarrollada más claramente por Agustín, y que se ha manifestado en diversos momentos en el pensamiento cristiano. Para Agustín, el punto de partida del teólogo no es una verdad esotérica que se debe imponer a un mundo enajenado, sino la revelación de lo que realmente está aconteciendo en la vida humana en un mundo sujeto a la acción creadora y redentora de Dios.[2] Esto hará muy claro que la responsabilidad teo-

---

[1]Emilio Castro, Cuadernos Teológicos, Tomo X, N° 2, Abril-Junio, 1961. Buenos Aires, Editorial y Librería "La Aurora", S.R.L., Corrientes 728, p. 99.

[2]Oscar Cullman, op. cit., p. 79.

lógica del creyente, no es necesariamente imponer ciertos valores sino reconocer los que ya están en el mundo y penetrar en ellos para influir en ese mundo responsablemente. El pueblo judío es uno de los pueblos que más claramente han tenido la experiencia de lo que significa el señorío de Dios en la historia humana. Nada hay más teológicamente falso que creer que Dios dirige la historia cuando todas las cosas marchan bien, pero que cuando hay lo que tenemos ahora en América, es culpa del diablo. No obstante, es cierto lo que señala Samuel Escobar: "ningún hombre ha inventado todavía una estructura política, sin que la inventiva del diablo no encuentre el medio de explotarla con fines perversos".[1]

En nuestra búsqueda de una auténtica teología hacia la participación responsable del cristiano dentro de la revolución que se libra en América Latina, creemos en las palabras de Samuel Escobar:

> Las revoluciones se hacen necesarias, la violencia vendrá como fruto del orden injusto. Pero cuanto más radical aspire a ser la revolución, mayor será el grado de poder necesario en manos de los revolucionarios. En el espíritu de la enseñanza cristiana podemos decir que no se puede poner el poder absoluto en manos de hombres imperfectos, porque es muy fácil que el hombre utilice el poder para su propia ruina. Este diálogo se tornó en este punto en la confrontación del optimismo marxista con el realismo cristiano.[2]

A los cristianos latinoamericanos se nos reta frente al realismo de Jesucristo. De nuevo se hace necesario pensar en las palabras de Samuel Escobar: "... Al considerar el realismo de Jesús y su diagnóstico de la

---

[1]Samuel Escobar, op. cit., p. 11.

[2]Ibid., p. 26.

naturaleza humana, su visión dinámica de la historia y su reconocimiento de la presencia del mal, ¿por qué no prestar atención cuidadosa a su mensaje de transformación, de redención, como respuesta a la desesperada situación humana?[1]

Encarnación Revolucionaria

Conscientes de que no hemos cumplido nuestra tarea como individuos cristianos y como Iglesia, apenados de haber estado en América Latina como con ojos cerrados, nos hacemos culpables de que muchos opten por arrojar a la Iglesia a la periferia de la historia ya que permanecimos sordos a lo que pasaba y pasa a nuestro alrededor. Pero en este período de transición, ya no queda tiempo para el pasado. El camino que tenemos que emprender será penoso, pero es el único camino: el camino de las profundas transformaciones estructurales. Como cristianos conscientes de nuestro deber, debemos encarnarnos en esta situación y abrir brecha positiva.

Otros cristianos antes que nosotros consideraron que era justa una participación cristiana dentro del cambio buscado y lo hicieron antes que el mismo Carlos Marx. Entre otros casos tenemos el del médico cristiano Charles Hall que conocía íntimamente la vida del proletariado de comienzos del siglo XIX en Inglaterra.

---

[1] Ibid., p. 27.

Frente al reto que nos presenta la problemática latinoamericana, es evidente que la Iglesia se encuentra marginada de toda realidad debido a muchos compromisos contraídos. Lo mismo señala el escritor Gonzalo Cárdenas al decir: "Este necionalismo propone algunas preguntas legítimas a las Iglesias evangélicas, exigiéndoles someterse a un proceso de kenosos y de encarnación en la nueva situación latinoamericana. Eso se hace tanto más urgente si se tiene en cuenta que, con excepción de algunos grupos autóctonos, de tipo pentecostal, los cristianos evangélicos nos sentimos enredados en una maraña de tradiciones, prácticas, ideales eclesiásticos, "programas", etc, que dificulta el movimiento de nuestras Iglesias en la dinámica en que vivimos.[1]

Al hablar de la revolución violenta y del cristianismo encarnado en esta, nos referimos a la realidad siguiente: La Iglesia, y, por ende, el cristiano, debe proyectar su fe activa en el mundo, dentro de las tensiones sociales, económicas, políticas y culturales. Hemos de penetrar en todas las esferas para luego presentar el mensaje de reconciliación en Cristo Jesús. Alejarnos del mundo puede ser un grave pecado y tememos que muchos cristianos pecan en esta forma, Si la fe se aleja del mundo y de esta situación, no dará el testimonio ni del Señorío ni del amor de Dios, ya que su amor es para todo el mundo. No debemos olvidar que el testimonio del cristiano debe ser la voluntad de Cristo.

Quizás lo más importante radique en que este Señorío de Jesucristo que proclama la fe se caracteriza por una victoria ya conquistada

---

[1]Gonzalo C. Cárdenas, op. cit., p. 63.

sobre los poderes de este mundo. Esa victoria realizada, sin embargo no está manifestada aun en su plenitud: de ahí que le quepa a la fe "la demostración de las cosas que no se ven". El Señorío de Cristo, en consecuencia, es un Señorío sobre todas las cosas, en todas las esferas, en todos los ámbitos, los que se autodenominan cristianos y los que no lo son: el mundo entero está sujeto al juicio de Cristo, que no es sólo un juicio condenatorio, sino principalmente redentor: "Porque el Hijo del hombre vino a salvar y a buscar lo que se había perdido". (Lc. 19:10).[1]

Toda encarnación será dolorosa y existe un gran riesgo en participar en movimientos violentos. Pero es justamente en esos peligros donde el cristiano encontrará seguridad en Cristo. No podemos ser mayores que nuestro Maestro. El participar dentro de la revolución implica la posibilidad de la desaparición física. Pero no hay ninguna posibilidad histórica que no entrañe ese peligro. La Iglesia y el cristiano latinoamericano tiene que aprender el camino de la encarnación. De lo contrario, "cómo podremos interceder por un pueblo cuyas preocupaciones no conocemos, cuyas alegrías no compartimos, cuyas constumbres despreciamos y cuyas esperanzas ignoramos?

Hasta aquí hemos hablado de la encarnación como una decisión impostergable. Convencidos de lo anterior, queremos señalar el cómo debe el cristiano intervenir en la revolución latinoamericana, bien sea violenta o no violenta.

Hemos indicado que la revolución no tiene que ser violenta necesariamente pero que dada la situación de nuestros pueblos, es inevitable un cambio sin violencia. Así lo creemos porque estamos muy seguros que los

---

[1] *Ibid.*, p. 5.

gobernantes que le hacen el juego al status, no entregarán el poder a los hombres que quieren hacer un cambio radical de las viciadas estructuras. El poder lo entregarán por un medio solamente: la fuerza o la violencia revolucionaria. Posteriormente hablaremos del medio violento para el cambio de las estructuras. Ahora nos concretamos a hablar de la revolución por medios no violentos como es el deseo de muchos cristianos.

A pesar de los tiempos blancos para "otro tipo" de siega, la Iglesia y el cristiano no deben olvidar que muy poco se ha ganado con la violencia misma o con la violencia en manos de hombres violentos movidos por envidia, odio y orgullo. No debemos olvidar que muy poco se ha ganado en toda la historia del mundo con una violencia que ha sido engendrada en corazones no arrepentidos ni sincronizados con la voluntad de Dios. Hay un camino mucho más positivo que el cristiano y la Iglesia ha olvidado: la docencia como ministerio efectivo. Con esto queremos decir que la Iglesia no sólo no ha participado en forma violenta sino que tampoco ha hablado como boca de Dios en el cumplimiento de su misión profética. Lo que hemos hecho sencillamente es callar otorgando, para quedar bien con unos pocos exploradores, mientras que miles mueren de hambre, de odio y de desprecio total. La función de la Iglesia es precisamente su participación profética al declarar sin cobardía lo que solamente agrada o no agrada a Dios. Esta triste situación hace que sea cada vez más urgente la voz de hombres con autoridad profética cual Amós, Isaías y otros quienes sin consider los resultados prosteriores, decían lo que Jehová había dicho en una determinada ocasión.

El peligro que vemos es que muchos pastores y misioneros, y aun los mismos sociologos que han despertado a la trágica realidad de la América Latina, sean callados por los defensores del status. Se corre el peligro de perder toda autoridad profética desde el púlpito al no denunciar todas las injusticias sociales, porque se ha recibido buen precio e intereses creados de las instituciones y organizaciones comisonadas para callar al denunciante. Esto sería un moderno caso de "Esaúes", quienes venden de nuevo su primogenitura profética por un moderno plato de lentejas que serían los dólares, los bolívares o el buen puesto, que para el caos da lo mismo. Una teología docetista ha llevado a muchos cristianos a la condena total de todo tipo de participación o encarnación en la revolución latinoamericana.

Rescatar al hombre latinoamericano de su condición alienada, es decir, volverlo a su humanidad; desear que todo individuo deje de vivir en las condiciones subhumanas y actúe humanamente, debe ser la preocupación constante de la Iglesia en este su ministerio docente. Más esta preocupación ha de ser pregonada y manifestada en hechos muy concretos.

La Iglesia debe salir con urgencia al rescate del hombre vejado y humillado en América Latina. Inmoral sería copiarnos los patrones de la actitud cómplice de la Iglesia norteamericana, frente al bochorno e inmoral problema racial. La Iglesia, quien es muy culpable de esa enojosa descriminación, no solo se mantuvo y mantiene al margen de tal situación sino que la fomentó. Es la misma Iglesia que para verguenza de la historia hoy no sólo se ha marginado sino que cerró sus puertas a los hombress

a quienes no se les permitió elegir el color de su piel en el momento de nacer. Nada tiene que decir aquella Iglesia al hombre de nuestros días. Pero la historia es el mejor juez y ya ha comenzado el juicio que nada ni nadie podrá detener: los negros que han sido despreciados, vejados y asesinados durante más de 300 años, optan por actuar al margen de una "iglesia" cómplice y traidora y desatan una ola de violencia que está historicamente muy bien justificada. Estos son los signos que hablan claramente de la violencia que se gesta por las bajas condiciones humanas aun en los países desarrollados. Si la Iglesia no actúa, será igualmente culpable como la Iglesia norteamericana pero igualmente será juzgada por los juicios de la historia.

> En el momento en que cualquier sistema deje de asegurar el bien común en beneficio de unos cuantos individuos, la Iglesia debe no solo denunciar la injusticia sino además, separarse del sistema inicuo y debe colaborar con un sistema que se ajuste más a las necesidades del tiempo y con relación a la responsabilidad cristiana del hombre como individuo creado a la imagen de Dios.[1]

Lo que nos hace dudar de nuestro interés en el cambio del sistema es precisamente la extremada pasividad de la mayoría de los cristianos en nuestras iglesias. Como se señaló ya, si vamos a influir con métodos no violentos hay que recordar que aun así hay ciertos riesgos que enfrentar. Esta será la lucha que en algo se parece a la que Cristo libró cuando se opuso con su Verbo Divino a los viejos esquemas de su tiempo. Será lucha en función profética. Lucha que se opone a las injusticias y a las hipocrecías de la sociedad. Estamos convencidos

---

[1]*Encuentro Latinoamericano*, Revista sobre la vida del "Che", p. 2.

que la violencia es cuestión de todos los tiempos pero ahora se ha hecho más masiva, porque masiva es la injusticia reinante. Los cristianos de la América Latina somos responsables de la situación de injusticia en el continente. Por muchos años aceptamos la vergonzosa esclavitud de los indios y la esclavitud de los africanos, y ahora, ¿acaso hemos hablado denunciando a los latifundistas y a los grandes y poderosos explotadores de nuestros pueblos? ¿Alguna vez se ha pronunciado la Iglesia contra tanto pecado colectivo contra nuestros prójimos? Todo lo contrario, ¿no hemos cerrado los ojos creyendo que en esa forma tranquilizamos nuestras conciencias? ¿Con tal actitud no hemos dado en la práctica, una apariencia de razón a Marx, presentando a los parias un cristianismo pasivo, alienado y alienante, verdaderamente un opio para los pueblos latinoamericanos?

Conviene que pensemos en la posibilidad de unir la voz de las Iglesias latinoamericanas, no obstante el espíritu anti-ecuménico, para plantearnos estos problemas en diálogos de carácter hemisférico. Creemos que los dirigentes evangélicos de Norte, Centro y Sur América debemos reunirnos con cristianos no evangélicos para el estudio serio de nuestros problemas comunes en busca de una solución. Creemos que:

> ...se deben organizar consultas sobre aspectos sociales, conjuntamente con algunos dirigentes de Iglesias de EUA y de otros países; consultas con dirigentes católicos romanos para tratar de llegar a través de oraciones, estudios y debates a un entendimiento mutuo sobre lo que debe ser verdadera y genuinamente el Panamericanismo.[1]

---

[1]W. Stanley Rycroft, Cristianismo y Sociedad, Año IV, N° 11, 1966, p. 79.

Mucho podría hacer la Iglesia latinoamericana mediante este tipo de diálogo en todo el hemisferio. Pero primero tendría que producirse un "milagro reconciliador" dentro de nuestras Iglesias. Por no querer dialogar con otros, nos hemos enquistado en nosotros mismos y nos hemos traicionado como Iglesia evangélica latinoamericana. Este temor de consultar, charlar, y de estar con los demás cristianos o no cristianos, no obstante que piensen diferente a nosotros, es en fin de cuentas cobarde realidad vivida en nuestros pueblos, ¿cómo podemos creer que estamos cumpliendo nuestra responsabilidad como cristianos? ¿Podemos agradar a Dios en nuestros cultos y solemnidades mientras que mantenemos los injustos estatus sociales? Creemos que Dios mismo responde a su pueblo:

> Aborrecí, abominé vuestras solemnidades, y no me darán buen olor vuestras asambleas.
>
> Quita de mí la multitud de tus cantares, que no escucharé las salmodias de tus instrumentos.
>
> Antes corra el juicio como las aguas y la justicia como impetuoso arroyo. (Amós 5:21,23,24).

Aunque en lenguaje muy diferente, en el Nuevo Testamento Dios nos indica lo que hizo su Hijo, (que debe ser la actitud del cristiano): identificarse con la pobreza, el dolor, la agonía y el sufrimiento de los demás. Esta es la actitud del siervo y nosotros debemos serlo junto con la Iglesia de Cristo.

> Haya, pues en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús: el cual siendo en forma de Dios no tuvo por usurpación ser igual a Dios: sin embargo, se anonadó a sí mismo, tomando forma de Siervo, hecho semejante a los hombres, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de Crus. (Fil. 2:5-8).

Sabemos que se requiere mucho valor para decirlo, pero ¿dónde está la voz profetica que denuncia que en nuestras Iglesias se reunen un grupo de burgueses de la clase media? Se reunen comodamente estos modernos "burgueses religiosos", mientras que millones existen sin poder vivir en forma plena. Como cristianos debemos denunciar este pecado de "comodidad". Debemos salir a las calles y a los barrios de toda América Latina encarnarnos en la realidad en la cual Dios nos ha puesto para que seamos luz y sal para su gloria. Creemos que llegó el tiempo de romper con la costumbre de encerrarnos todo el tiempo en una "capilla", llamada "para culto y servicio de Dios". Cuando realmente es un escape a la realidad latinoamericana. Acaba de ser publicado un libro escrito por el sociologo protestante Christian D'Epinay, llamado El Refugio de las Masas, y se refiere a la Iglesia pentecostal de Chile.

> ...el principio de identificación con las masas a fin de ayudarles a ayudarse a si mismos, es la clave de toda obra eficaz tanto en sentido religioso como social. Ir a los desposeidos simplemente a ofrecerles caridad, es fatal. Destruye su respeto propio y no soluciona permanentemente su problemas. Pero si nos relacionamos con pequeños grupos de personas, compartiremos sus preocupaciones y problemas, y los estimulamos a ayudarse a si mismos al tiempo que les ofrecemos ayuda, podemos hacer un trabajo que tenga resultados permanentes y sea una verdadera obra de amor.[1]

Debemos dar mayor énfasis a la Iglesia local permitiendo que cada uno de sus miembros, plenamente consciente y preparado, penetre en todas las esferas de la sociedad con una visión cristiana muy clara de lo que debemos hacer.

---

[1]Richard Shaull, Testimonium, op. cit., p. 77.

Frente al gran movimiento industrial que se está perfilando en nuestros pueblos, debemos aprovechar bien el tiempo organizando intensivos programas de evangelismo industrial capaz de transformar toda la industrial y darle un sentido sacramental. Sin pretender imitar al comunismo, creemos que esto es lo que han estado haciendo con visible éxito, penetrar dónde hay movimiento humano para concientizar e influir. Nosotros los cristianos hemos pecado al no hacer lo que debíamos con estas masas tan necesitadas.

Es bueno mencionar aquí que es tiempo de que los cristianos pensemos en la fuerza de los movimientos obreros, y que preparemos a líderes cristianos para que dirijan esas fuerzas hacia verdaderos senderos de justicia y dignidad humana. Por años se cometió la gravísima falta de condenar a todo cristiano que participara en cualquier movimiento obrero. Se condenó el instrumento de la huegla como algo que iba contra la voluntad de Dios, y se condenó también todo movimiento de reclamo obrero. Hoy, la Iglesia se ha dado cuenta de su gravísimo error y se une al obrero que ha sido explotado solo. Tanto las Iglesias como Institutos Bíblicos y Seminarios, deben terminar con la idea de que la única forma de una vocación cristiana válida es el ministerio pastoral. Tan válido es este tipo de ministerio como los ministerios laicos enfocados a todas las esferas de la vida. Hoy hacen falta muchos jóvenes cristianos bien preparados para el ministerio obrero. Además, creemos que en todo Instituto Bíblico y Seminario se debe dar como una materia requerida un curso sobre sociología y economía. Si no se hace, ¿cómo se podrá dar una buena orientación teológica a nuestros líderes cuando estan al margen de estos

conocimientos tan básicos para la proyección teológica? La situación se agrava cuando contemplamos el cuadro de tener como profesores en esos centros a muchos hermanos extranjeros muy buenos, pero que ignoran, muchos, la realidad de nuestros pueblos.

> Takenaka propone concretar esta acción a través del establecimiento de pequeños grupos, a los que llama "grupos proféticos", que actuarían a manera de células cristianas, ya sea en las fábricas como en las granjas, en las oficinas públicas como en las universidades. Dichos "grupos proféticos" estudiarían responsablemente la situación orarían juntos y estableceráin metas por las cuales luchar y a través de ellas acercarse a la congregación de la humanización de los individuos. Esas metas, que no serían definitivas, son provisoras. Takenaka las ha llamado "telos provisorios" sujetas a revisión y crítica constantemente. Esas metas son propuestas a partir de situaciones concretas y pueden ser logradas en medio de las mismas.[1]

El problema que plantea la violencia no es la violencia misma sino quien la usará, cómo, cuándo, por qué y los resultados después de la misma. Debemos lamentar que no tenemos un grupo de hombres capacitados para que participen en el cambio violento y que luego sigan en la evolución transformadora. Como cristianos, no debemos temer a la violencia sino a los hombres que la están usando. No debemos creer en la proclamación de una verdadera justicia social sin arrepentimiento genuino en Jesucristo. Esto no anula la verdad de que podemos usar la violencia como un mal necesario, para cambiar a los que mantienen la falsa estructura. Lo que prepcupa es que los dirigentes de esos movimientos violentos no garantizan el establecimiento de un régimen sin violencia y sin explotación. Esto viene a indicarnos que tenemos gran necesidad de verdaderos cristia-

---

[1]Julio de Santa Ana, Responsabilidad Social del Cristiano, ISAL, 1964, p. 43.

nos que sean líderes en las organizaciones estratégicas de América Latina.

Lo anterior no quiere decir que debemos tratar de frenar todo movimiento violento. Tampoco debe la Iglesia, tomar la violencia como medio único. Pero esa actitud debemos mantenerla sin condenar la violencia necesariamente. Conviene que los líderes evangélicos mantengan contactos y constante diálogo con los líderes revolucionarios para hacerles ver los graves peligros existentes aun en los más legítimos deseos. Aunque este tipo de consultas pueda resultar mal interpretado, el cristiano no debe olvidar que debe estar con el mundo en todo tiempo y lugar, cuando el mandamiento de Dios así lo indique. Pero en contra del mundo y sus organizaciones, cuando ese mismo Dios así lo señale en su Palabra. Debido a los falsos temores, producto de una falta de responsabilidad cristiana, nos preguntamos: ¿está Dios llamando a algunos cristianos para que participen directamente en los movimientos revolucionarios? La Iglesia quizás no tenga la respuesta, pero esta es una cuestión a la que ha de responder el cristiano frente a Dios.

La Iglesia no debe creer que toda revolución violenta es necesariamente algo contra la voluntad de Dios. Dios está en medio de la revolución latinoamericana. Bien puede Dios estar hablando a su Iglesia a través de estos movimientos violentos. En vez de condenar debemos pensar que ya la justicia ha dejado de serlo porque ésta se ha corrompido hasta el máximo, mientras que el hombre camina con paso presuroso hacia su misma

deshumanización y los pueblos se quejan, cada vez más, de miseria; y los tiranos y opresores se apoderan de la situación. Frente a este estado de cosas, los cristianos oran y esperan que Dios algún día vendrá para terminar con todo esto. Pero este lenguaje es bien interpretado por los pueblos, cuando sin despreciar la oración y los demás servicios de la Iglesia, ven a los cristianos como simples cobardes que no quieren ningún tipo de compromiso serio con la realidad. La conclusión no se deja esperar: los cristianos son declarados cómplices mientras que el pueblo se dedica a los crímenes públicos, a los saqueos, a las guerras de nervios y a las guerras de guerrillas. Y es lógica también la acusación. Lo que se quiere decir, y en esto tienen razón las masas explotadas, es que ya es tiempo de que los cristianos dejen de ser felices expectadores del drama y que se conviertan en sus verdaderos participantes. Pero esto tiene sus serias implicaciones: el cristiano debe cuidarse de no aferrarse a una causa que aunque sea justa, vaya a acarrear el empeoramiento posterior del pueblo.

Sin que sea indispensable, la revolución latinoamericana se ha considerado sinónimo de guerrillas. Algunos piensan que varios factores hacen muy necesario la fomentación de guerrillas. Con esto no estamos de acuerdo ya que con las guerrillas muchas veces lo que se hace es eliminar ciertos individuos a sangre fría y con ello se empeoran las condiciones para el cambio deseado. Aunque las guerrillas crean un estado de nervios que hace que los demás tomen conciencia de lo que va a pasar, lo lamentable es que con estas actividades va una descarga de odio y se eliminan las bases deseadas para la verdadera revolución.

Aunque la violencia sea una situación muy difícil para el cristiano responsable, no debe éste olvidar que el mensaje cristiano es algo muy complejo y que, cada generación tiene sus particulares decisiones que ella misma tendrá que hacer. La situación hoy es sumamente violenta y tenemos que tomar nuestras propias decisiones. No se trata ni se justifica hacer violencia en una sociedad no violenta. Pero lo cierto es que vivimos desde hace mucho tiempo en una sociedad que hace violencia cada vez más contra la mayoria de nuestros prójimos. Vivimos en medio de una minoría dominante que oprime y explota sin misericordia mientras que el Estado se mantiene en una posición monolítica. La conclusión es lógica: es una violencia que trata de destruir la violencia que por años ha destruido a los pueblos latinoamericanos. De ahí que sean millones los que anhelan el cambio de estas viejas estructuras. Ahora se entiende por qué esta revolución tiene un sentido de urgencia.

Los cristianos no podemos evitar que se produzca una explosión violenta a menos que por otros medios se produzca ya, un cambio de estructuras. Esto mismo se señala en el editorial de una revista católica:

> Soplan en efecto, aires revolucionarios. Una inmensa y cada vez más creciente mayoría está tomando conciencia de su fuerza, de su miseria y de la injusticia de ese orden político, jurídico, social y económico, que se le obliga a aceptar; y esa mayoría no está dispuesta a aceptar más. Exige un cambio: un cambio rápido, profundo y total de estructuras. Si es necesario la violencia, está dispuesta a usar la violencia. Es la masa popular que aspira a adueñarse del poder para realizar un auténtico "bien común"... esto y no otra cosa, significa la revolución en América Latina. Es la desesperación que, aunada, se hace presión de oleaje y amenaza un orden que es orden para pocos y desorden para muchos.[1]

---

[1] Mensaje, Revista, N° 115, Diciembre, 1962, p. 9.

Por nuestra base ética y la concepción de que Dios es el Señor de la historia, todo parece indicar que los cristianos podemos realizar la verdadera revolución aun con medios violentos. Esto, porque no estamos hablando de el "quítate tú para ponerme yo", del golpe de Estado militaroide, ni de la simple enunciación de un bello programa de reformas. Por revolución entendemos un vuelco total, una transformación radical, un cambio absoluto de las estructuras vigentes. Quedan eliminados asi todas las intentonas de los militares en dirigir una "llamada revolución" que no lo es. Los cristianos podemos pensar con seriedad no tanto en el uso de la violencia como métodos de cambio, sino en lo que es necesario para que tanto la violencia como lo que sigue después del cambio de estructuras, no se haga a base de sangre, dolor, luto y destrucción. Además, no podemos confiar en hombres no regenerados por la gracia de Dios para que hagan la verdadera revolución. No podemos creer que los hombres que se violentan sin amar a su prójimo, establezcan posteriormente un régimen de comprensión, respeto y orden. Esto son los gravísimos problemas de la violencia en América Latina: nuestros revolucionarios están traicionando a la revolución misma y a las masas que en ellos confían, cuando hacen de la revolución un fin en sí, campo propicio para la ambición personal, centro de revancha negativa, justificación astuta de pasiones y el lugar para ilícitos enriquecimientos mediante la peor explotación y subestimación de los pueblos. Esto, además de significar un reto de intervención para el verdadero cristiano, es una señal de la urgente necesidad de hombres fieles en las manos de Dios en una hora como esta.

Si entendemos bien el Nuevo Testamento, allí Cristo se nos presenta

como todo un verdadero hombre que es, en efecto, el único, ya que todo lo somos o lo seremos, en la medida que seamos como El. Decíamos que Jesús se presenta como todo un hombre revolucionario quien no estuvo conforme nunca con las injusticias de su tiempo. Cuando habla con los fariseos y con otros exploradores de su tiempo, su verbo era muy claro y contundente: "Generación de víboras, ¿cómo podéis hablar lo bueno, siendo malos...? (Mt. 12:34). ¡Hipócritas! Fue su palabra favorita contra los falsos explotadores fariseos de su tiempo. Los cristianos que creen encontrar en Jesús una figura de la no revolución, saldrán desilusionados porque Jesús es todo lo contrario.

Muchos pintores se han dado a la tarea de presentar a un Cristo tímido, pálido, manso e inócuo. Algunos, exagerando, parecen afeminarlo. Pero el Cristo del Nuevo Testamento, en el lenguaje de Unuamuno es "nada menos que todo un hombre". Hombre con todas las emociones que el hombre ha tenido. ¿Quién duda que como todos nosotros, Cristo también tuvo sus momentos de enojos y de verdadera violencia? ¿No es él quien luego de entrar en el templo echa fuera a los cambistas y comerciantes, vuelca las mesas, suelta las palomas y saca a los bueyes y a las ovejas? Jesús era verdadero hombre con verdadero sentimiento de hombre. Es el mismo que en Apocalípsis se nos presenta como juez, hombre y tigre. Es el león de la tribu de Judá, pero también es el cordero. Es el hombre que se enoja y expresa su enojo cuando un cobarde y cómplice de los status de su tiempo, quedaba callado.

A la luz de la actitud de Jesús frente a los explotadores de su tiem-

po ¿cuántos pastores, misioneros y evangelistas, estamos enojados hoy día por la vida explotada en que viven millones de hombres latinoamericanos? ¿Qué hace el cristiano contra las injusticias sociales? Si Jesús llega a invadir la vida de un latinoamericano, ¿se enojaría por las miserias en que la minoría gobernante lo ha obligado a vivir? ¿Dios estará mostrando su enojo por la explotación de nuestros prójimos latinoamericanos?

Frente a los violentos de su tiempo Jesús hizo siempre la voluntad del Padre. Sabía él cuándo debía resistir y cuándo debía seometerse a la cruz. Sólo así pudo quitarle la espada a Pedro y restaurarle la oreja al pobre siervo. Supo en qué momento declarar sus enérgicas anatemas contra los hipócitas, necios y ciegos en sus días. Pero también supo cuándo guardar completo silencio. ¿Qué diría Jesús de la vida y la actitud de los cristianos latinoamericanos en medio de esta hora revolucionaria?

No debemos equivocarnos. La protesta y la violencia de Jesús fueron para traer el bien. No quiso ni usó violencia para establecer un sistema violento, aunque muchas veces fue violento con los violentos. Nos parece ver aquí la actitud de millones de hombres latinoamericanos que a la vez es un reto para todos los cristianos que se han concientizado frente a las injustas y viejas estructuras socio-económicas. El temor, ya señalado, es que en lugar de una agitación violenta venga otra peor.

No nos dejemos amedrentar por las dificultades. Debemos estar seguros que mediante un espíritu de comunidad entendido de esta manera, e iluminados también así por el evangelio, el poder del amor creador, y la paz en el sentido bíblico penetrarán el mundo. La paz, como nosotros lo entendemos, es paz en comunión con Dios, paz de un corazón

reconciliado en Jesús de Nazareth, paz en la plenitud de los dones del Espíritu Santo.[1]

Con el valor que Dios nos ha dado, la alternativa es penetrar en los movimientos violentos y encauzarlos hacia medios donde esté menos expuesta la vida humana. En EUA los negros piden que se les trate dignamente. Los hombres de América Latina no pueden pedir menos de sus explotadores.[1] Actuar así, implica aceptar el carácter ambiguo de toda acción violenta; sea que escojamos la violencia para ser eficaces en estos momentos, sea que escojamos la no violencia para preservar nuestra pureza. Somos igualmente culpables delante de Dios, ya que ni la violencia ni la no violencia son cuestiones de principios o normas, sino consideración de la situación dada.[2]

Como el gran líder Gandhi, debemos buscar un orden justo para nuestros pueblos. Pero no pensemos tanto en el medio, que si es o no violento. Pensemos más que si Dios nos está guiando y en el programa por desarrollar después del cambio. Gandhí con todo su espíritu de lider y a pesar de sus grandes esfuerzos no llegó a ver lo que se propuso con sus medios no violentos.

Como cristianos dentro de la revolución latinoamericana, nos toca pensar mucho en un cambio en los corazones; en segundo lugar, una transformación de las existencias; y por fin, una modificación de estructuras.

---

[1] Cristianismo y Sociedad, Año 1 N° 1, Puerto Rico: Seminario Evangélico de Puerto Rico, 1965, pp. 99.

[2] Justo González, Revolución y Encarnación, Puerto Rico: Seminario Evangélico de Puerto Rico, 1965, p. 57.

[3] A Todo Cristiano Consciente, Folleto de Mec.

Creemos que una verdadera revolución debe ser auspiciada por los cristianos y al final, debe tener las bases señaladas. Esto es un gran desafío para que participemos en los cambios que se están librando. Pero aun así, dudamos de la tesis no violenta en estos momentos. Cuanto más totalitarias sean las potencias de este mundo, menos posible y menos eficaz parece ser la acción no violenta.

Parece que en nuestros pueblos se hace verdadera utopía la tesis de Gandhi, Frente a este estado de violencia gobernante, creemos que para suprimir la violencia injusta, no existe otro medio que volver contra ella sus propias armas.

Frente a este reto, la Iglesia Evangélica latinoamericana está invitada para que participe en el cambio de la situación que vive América Latina. Debe seguir en la lucha hasta alcanzar lo que nunca ha pasado para el bien de los hombres. Ya se dijo que "mientras que al cristiano se le ha ordenado que debe amar a su enemigo, ello no significa que no debe defenderse de sus opresores".[1] Ese defendernos y defender a los demás nos hace ver con gran verdad que si hay algo muy claro en el Nuevo Testamento es el poder que tiene la Iglesia para hacer una sociedad mejor, ya que esa presunción, descansa en el hecho que los cristianos son nuevas criaturas.

Todo este ministerio de encarnación en la problemática latinoamericana debe realizarlo el cristiano y la Iglesia, mediante, un verdadero ministerio de entrega a la oración a fin de que el poder salvador de Dios, pueda manifestarse en medio de la complejidad y la tragedia de nuestra vi-

---

[1] Ibid.

da.[1] En esta dura tarea de humanizar el hombre latinoamericano, debemos como Iglesia de Cristo situar a ese hombre frente a lo incondicionado para que él vea que no es absoluto. Debemos situar al hombre quien trata de realizarse, frente a lo eterno, frente a lo infinito. Sólo así podrá ver su limitación y que solo lo infinito lo sacia.[2]

Una de las esferas más estratégicas para la penetración y ataque revolucionario, es la política. Por años se ha enseñado que el cristiano no debe participar en ninguna política, ya que esta es considerada pecado. Tal falsedad de criterio ha hecho que el cristianismo evangélico en América Latina también esté fuera de este importantísimo centro de influencia. Los revolucionarios atacan y atacarán el campo político ya que creen que allí se encuentran gran parte de los que sostienen el vicioso status.

> Lo que interesa más bien, es darnos cuenta de si Dios nos está llamando a testificar y a servir precisamente en las comunidades naturales (universidades, sindicatos; federación; partidos políticos; administración gubernamentales; etc.) de donde hemos estado mayormente ausentes y en donde en realidad se forja hoy nuestro destino, y donde han de resolverse en definitiva los problemas de mayor importancia para todos, es decir, una humanidad destruida o una humanidad nueva. Porque queramos admitirlo o no, estos asuntos de vital importancia no se resolveran en nuestros cultos ni en nuestras sociedades de señoras. Si existe la posibilidad de un testimonio y un servicio, será más que nada por medio de nuestra participación activa allí donde se necesita de nuestra voz y nuestra ayuda.[3]

---

[1]Sosa Adams, El Cristianismo y una Paz Justa y Duradera, Argentina: Imprenta Metodista, 1948, p. 26.

[2]Guardini Romano, Sentido de la Iglesia, San Sebastián, España: Ediciones Dinor, 1958, p. 74.

[3]Flavio Barbieri, op. cit., p. 274.

Otra sería la suerte de nuestros pueblos si en vez de ese docetismo espantoso, nuestras Iglesias hubieran preparado líderes cristianos para enviarlos por todas las esferas de nuestro continente.

> Hay que concebir la sociedad como creadora y laboriosa, fundada sobre bases espirituales y económicas y concederle el mínimo necesario de política. El vampirismo de la política que se basta asi misma agota las sociedades humanas y llega a fundar un reino ficticio que no sirve ni para la vida ni para los intereses vitales, sino por el contrario los esclaviza. Entonces vemos que se impone una ascetismo en la política y que se hace indispensable una aparición de las esferas reales de la vida espíritual y económica.[1]

Dentro de este proceso revolucionario violento, no debemos olvidar la tarea docente y profética de la Iglesia de Cristo, quien ha de oponerse a todo aquello que va en contra de la dignidad y la humanización del hombre. En el terreno político, debe interesarnos la buena marcha de nuestras organizaciones y las de otros países que tienen relaciones con nosotros.

> Los latinoamericanos - ya sean protestantes o católicos, ven con temor y desconfianza el poder de EUA. El presidente Johnson en un discurso pronunciado dijo lo siguiente: "Este es el país más rico y poderoso que jamás ha existido". Lo que tenemos los latinoamericanos es la manifestación de ese poder en forma imperialista. El imperialismo se puede definir como la subyugación de los países menos desarrollados en beneficio de los intereses creados por una nación avanzada.[2]

No obstante que el mundo se ha convertido en un verdadero vecin-

---

[1]Nicolás Berdeaeff, La Afirmación Cristiana y la Realidad Social, México: Casa Unida de Publicaciones, 1936, p. 115.

[3]Jaime A. Rodríguez, Cristianismo y Sociedad, Año 1963, N° 11, p. 78.

darios ruidosos y levantisco, los cristianos estamos llamados a denunciar las violaciones de los principios de justicia y rectitud en nuestras relaciones internacionales. Para muchos cristianos con quienes discrepamos abiertamente, está completamente vedado el denunciar la injusticia política, económica y social del gobierno norteamericano. Consideramos esa actitud como una nueva muestra de servilismo y complicidad.

> A la comunidad cristiana le corresponde discernir, juzgar, elegir, sobre el plano político: porque la soberanía de Jesucristo no se ejerce únicamente en el sector de la Iglesia, sino que ella tambien corresponde a las realidades políticas; lo que la Iglesia tiene que hacer en relación con estas, es aclarar la soberanía de Jesucristo sobre ellas. La acción política de la comunidad cristiana, es también una manera de confesar su fe. Llama a la comunidad civil a abandonar su actitud de neutralidad, de ignorancia espiritual, de su paganismo natural, para comprometerse con ella, delante de Dios, en una política de compartida responsabilidad. Haciendo política, la comunidad cristiana manifiesta pues su fidelidad a su misión en lo que ella tiene de más auténtico. Desata el movimiento de la historia cuya meta y contenido deben hacer de la ciudad terrestre una parábola, un signo analógico del Reino de Dios, permitiéndole cumplir las tareas de la justicia civil.[1]

> La Escritura declara que en este mundo aun no rescatado, en el que la Iglesia está llamada a vivir, el Estado existe en virtud de una disposición divina. Tiene el deber de hacer reinar la justicia y la paz dentro de los límites de la inteligencia y las fuerzas humanas bajo la amenaza y el ejercicio de la coacción. La Iglesia reconoce con respecto y gratitud a Dios el beneficio de este orden divino. Ella anuncia el Reino de Dios, su ley y su justicia, y ella subraya asi la responsabilidad de aquellos que gobiernan y de aquellos que son gobernados. Ella confía y obedece a la Palabra de Dios, soberana, por medio de la cual él sostiene todas las cosas.[2]

---

[1]Karl Barth, _Communauté Chrettiene et Communauté Civile_, p. 16.

[2]_Ibid._, p. 77.

Cuando nuestros gobernantes, haciendo uso de los medios políticos, no cumplen estas cosas, dan lugar a la revolución a la cual tenemos que enfrentarnos como cristianos. Pero, además, no debemos olvidar que estamos en el mundo, y Dios nos ha colocado en América Latina para que ayudemos a nuestros políticos y a nuestros estadistas y demás gobernantes. En este sentido, nuestra responsabilidad en esta difícil hora, tiene muchas implicaciones políticas, que debemos cumplir con toda fidelidad. Con esto debemos erradicar los viejos conceptos, que ninguna base bíblica tiene, en cuanto a la no participación del cristiano en la política.

> ...ha llegado el momento en que los evangélicos deben buscar una solución al dilema del cual debe ser la actitud de los cristianos hacia el Estado, la revolución social y algunos otros de los grandes problemas de nuestro tiempo, así como hacia los países extranjeros. La política es una parte de la vida, y puesto que abarca problemas de rectitud y malicia, justicia e injusticia - si esto es así y nosotros estamos persuadidos de ella - entonces, como cristianos, no podemos permanecer indiferentes. Si lo hiciéramos, nuestra posición no sería cristiana, ya que pondría la solución de los grandes problemas de nuestros días en manos de aquellos que no aceptan la práctica de la fe cristiana.[1]

Esto es sumamente importante para el cristiano ya que el grupo que logra tomar el poder en nuestros países, está en condiciones de hacer las decisiones básicas que pueden determinar la vida política de todos nosotros. De ahí la necesidad de penetrar en estos movimientos revolucionarios para ver que está pasando. En América Latina, la política es dueña y serñora del Estado. Los comunistas lo saben bien y debido a ello bus-

---

[1]Rycroft, W. Stanley, Cristianismo y Sociedad, Año IV, N° 11, 1966. p. 76.

can con todo afán el poder político. ¿Cuál debe ser nuestra responsabilidad como cristianos? Creemos que no ha de ser la formación de un partido político-evangélico, ni para la Iglesia ni para el cristiano. Lo correcto será escoger un partido que llene nuestras condiciones y visiones, penetrar en él y tratar de influir responsablemente como cristianos. No debemos olvidar que la política se está convirtiendo cada vez más en una verdadera fuerza decisiva en nuestra sociedad. Pero cada vez más, los cristianos estamos menos capacitados para actuar inteligentemente en ella. Esta es una falta gravísima de la mala teología enseñada a nuestras Iglesias.

> Debemos actuar. Porque sólo en la medida en que actuemos políticamente como cristianos podremos esperar que le Estado mantenga el orden, preserve la justicia y garantice la posibilidad de la predicación del evangelio. Si amo a los hombres que mueren de hambre, debo hacer algo más que darles una corteza de pan. El verdadero amor significará luchar para transformar la sociedad que permite que haya gente que muere de hambre. Y esto implica acción política.[1]

La Iglesia y el Cristiano Revolucionario

Ya hemos señalado el peligro de tratar de establecer un partido político-religioso para que defienda los intereses de la Iglesia Evangélica. Una cosa es que la Iglesia como organismo tenga un determinado partido auspiciado por ella, y otra, el que uno de sus miembros participe directamente en un partido político. Esto debe ser aclarado: La iglesia

---

[1] Richard Shaull, El Cristianismo y la Revolución Social, op. cit., p. 92.

no es política propiamente, pero influye en la política a través de sus miembros. Lo mismo diremos con respecto a la violencia o no violencia. La Iglesia en sentido absoluto, no debe tomar ninguna postura condenatoria o aprobatoria de ningún método en particular, a menos que Dios así se lo indique en el tiempo y las circunstancias dentro de la historia. La tesis es esta: la Iglesia no debe condenar ni la revolución violenta ni la no-violenta. Debe creer que el Dios de la historia puede usar cualquiera de estos métodos en un momento dado. No debemos obligar a los miembros a que se lancen a las guerras de guerrillas o a otro tipo de manifestación violenta. La tarea de la Iglesia en estos casos será más de carácter docente y concientizadora, al preparar al individuo cristiano para la multiplicidad de formas y maneras en que Dios ha de usarlo en su ministerio cristiano. La tarea difícil tanto de la Iglesia como del individuo, es el indagar y saber cuál es el momento y con qué medios quiere Dios que actuemos. Para ambos siempre estará en vigencia el peligro de absolutizar los medios y hacer de la política o la violencia, la suma de todo. La advertencia se hace imperativa y necesaria, ya que vivimos en días de creciente confusión. Muchas Iglesias evangélicas en su afán de ayudar al hombre latinoamericano, han caído en la trampa de un evangelio enfáticamente social, un evangelio peligrosamente antropocéntrico, y, lo que es peor, algunos líderes "religiosos" parecen ser más marxistas que cristianos.

Cuando a Martín Lutero se le pidió que se retractara, tomó una decisión firme en la cual solo él y Dios estaban. ¿Qué hará la Iglesia evangélica latinoamericana con aquellos miembros que creen ser guiados

por Dios para que participen en la revolución violenta? ¿Debe mantenerlos en su seno indicando con ello su consentimiento o debe condenarlos? ¿Debe pedirles que se conviertan en "cazadores de revolucionarios" y que luego los traigan al "ghetto" de la Iglesia?

> La salida fuera del recinto sagrado no carece de riesgos. Se pulen largamente las armas. Se trata, a menudo, de un comando que se abalanza sobre el enemigo para tratar de tomar rehenes, arrancarlos de la perdición y llevarlos al lugar santo. El mundo no interesa fuera de esto: ser terreno de caza de la Iglesia. Se toma lo que se puede. Se roban algunas frutas. Como lo escribió Rilke: se rapiña la miel de lo visible para acumularla en el gran panal de oro de lo Invisible. Esto es salvar al mundo: anexarlo, dirigirlo, saborearlo, y se cantan en seguida las glorias hazañas de los misioneros. Ellos han llevado a los perdidos al recinto.[1]

Este concepto de penetrar "tan adentro en las cosas del mundo" y de no participar dentro de la revolución violenta, puede ser una verdadera deformación religiosa y un mal entendido de la libertad de Dios en penetrar en los asuntos de su historia. Siendo así, la Iglesia no debe condenar ni aprobar necesariamente al miembro que participe directamente en la revolución violenta. Su tarea, la de la Iglesia, será descubrir la dirección de Dios en esa decisión, pues ésta puede ser factible. Dios puede indicarle a un individuo que participe en una determinada situación, de una manera muy diferente a la que indique a la Iglesia como colectividad. El miembro debe estar muy seguro de que es Dios quien lo está guiando a escoger entre lo que es ideal y lo que es real en una circunstancia dada. Su lucha hasta cierto punto será simbólica ya que el cris-

---

[1]Simón Louis, Testimonium, op. cit., p. 52.

tiano debe saber que aun si se da el cambio de estructuras, esto no es garantía del cambio radical que Dios y nosotros esperamos. El asunto de las estructuras y el nuevo orden de cosas, requiere un cambio espiritual. Pero no podemos negar que el participar en determinadas circunstancias, dentro de la revolución, puede ser el cumplimiento de la vocación cristiana. Enseñarles a los miembros que Dios puede hablarnos, y lo hace siempre, en el contexto de la Iglesia local pero en forma directa e indirecta, es tarea indispensable del cuerpo de Cristo hoy. Tomar una actitud condenatoria contra todo movimiento en forma ligera, porque éste sea violento, puede indicar la resistencia de la Iglesia hacia el movimiento de Dios en la historia.[1]

Lejos de condenar, la Iglesia debe ver que cada día parece ser necesario la intervención responsable del individuo cristiano dentro de la revolución latinoamericana, a menos que creamos que hay alguna esperanza de cambio sin el medio violento. Nosotros quisiéramos creer que sí, pero tenemos que ser realistas en esta ocasión histórica. Es muy posible que ante esta situación inevitable de la violencia, Dios esté llamando a varios individuos cristianos a una "vocación participal revolucionaria". Pero debe entenderse bien que es un llamamiento a individuos cristianos y no a políticos "agriados cristianizados". Ese tipo de vocación es el que se necesita en EUA en medio de su vergonzosa lucha racial. ¿Con que autoridad moral podemos pedirle al negro cristiano norteamericano que no

---

[1]Roger L. Shinn, Tangled World, New York,: Charles Scribner's Sons, p. 153.

participe en una planificada revolución violenta a nivel nacional? ¿Cómo no van a ser violentos si contra ellos se usa la violencia más feroz para subestimarlos, denigrarlos y eliminar a sus líderes y a todo el que se descuide? ¿No es una vil imoralidad pedir a esos ciudadanos negros que no sean violentos para luego desatar contra ellos la peor violencia para eliminarlos? Difícilmente pueden esos "siempre odiados y despreciados" creer en un "Dios vivo", ya que en nombre de la Iglesia, dentro de ella y en la religión misma, están los más grandes líderes de esa vil actitud. Allá, como en América Latina, queda un solo camino hacia el respeto, la consideración y la dignidad humana.

Más, esta intervención no ha de ser con base en odio, rencor y desprecio, ya que jamás se ha construido algo bueno de dos cosas malas. Los principios y métodos de cualquier revolución deben concordar positivamente con los principios y métodos constructivos con los que se propone crear un nuevo orden. La revolución no debe nacer básicamente de odio ni de resentimiento (esos no servirán para establecer un nuevo orden de cosas) sino del amor, la justicia, de ideales positivos. La violencia y el matar no pueden convertirse en un cómodo modo de vida, la violencia es siempre una necesidad trágica.

En América Latina se vive la hora de la angustia revolucionaria. Frente a esta situación, responden muchos saliendo de una Iglesia insensible para entrar a la revolución. Esto preocupa, porque muchos van sin la debida orientación cristiana. Las Iglesias evangélicas han de dejarse de ilusiones y enfrentar la realidad de sus muchos miembros quienes salen peligramente de sus filas oyendo voces que no son las mejores.

para el joven pensador Regis Debray, la mejor manera de actuar es actuando. Pero el cristiano ha de saber no sólo actuar sino el por qué debe actuar. La religión no es como opio para el cristiano que vive en el "aquí y ahora" sin olvidar el "allá" y su relación con el Señor de la historia. Pero la religión puede ser opio para muchos que adormecidos en lo irreal, irrumpen cual fieras hacia el odio de la destrucción sin poder construir luego.

Si es verdad que el verdadero cristiano no puede desligarse del contexto de la Iglesia, y lo es, es también cierto que la participación del cristiano como individuo, dentro de la revolución, ha de ser en el contexto de la Iglesia local. Sin condenar, la Iglesia debe enseñar a todo los individuos que si hablamos todos el lenguaje que usa el hombre latinoamericano, y no tenemos amor, venimos a ser como un metal que resuena o como un tambor en resonancia. Que si entendemos toda la miseria y las injusticias sociales de los latinoamericanos, y si tenemos toda la fe para creer que nuestros métodos y sistemas son los más válidos para el cambio deseado, y no tenemos amor nada somos.

Orientemos pero no condenemos. Como cristiano, el individuo en la Iglesia es parte del mundo, y la urgencia de la época exige una participación decisiva y positiva. L-a historia registra muchas ocasiones cuando la Iglesia, por su pacifismo, estorbó muchas decisiones que se vislumbraban como triunfos. Si antes la Iglesia y sus miembros evadieron una situación en la cual debían intervenir, hoy, tiene una nueva oportunidad.

Etica Revolucionaria

Aunque en la sección anterior lo tocamos en parte, conviene ahondar más en la ética que ha de acompañar el cristiano dentro de la revolución latinoamericana. Esto es necesario porque nos interesa no sólo el por qué de la revolución sino el cómo hemos de ayudar a realizarla. Jesús, en el templo, nos sugiere el cómo, el cuándo y el por qué de su enojo. ¡El fue todo un hombre! Tan varonil en sus lágrimas como en sus latigazos!

Aunque exista una ética cristiana, no una que se pueda aplicar a todas las agrupaciones y situaciones de los creyentes. Incluso, en una misma confesión cristiana existen varias interpretaciones de la aplicación ética de la fe. Dentro de esa ética aplicada a la situación latinoamericana, corresponde a la comunidad cristiana la aceptación de la marcha de la historia. No otra cosa hizo Jesucristo; al aceptar la existencia humana también aceptó su correspondiente historicidad, y las condiciones históricas que condicionaron su existencia. Por otro lado, y confirmando lo que dice Colosenses 1:15-20, el conocido Dietrich Bonhoffer en su ética, señala que Cristo está conformando la historia a su semejanza, es decir, que le está dando forma, llevándola hacia su fin. Esto ocurre porque Cristo es el Señor de la historia, de toda Historia, y todo lo que en ella ocurre, está sujeto a su juicio y él puede utilizarlo de acuerdo con su voluntad. Cristo, es el Señor, es Soberano, y del mismo modo que los profetas del Antiguo Testamento indicaron que Yahvé utilizaba los poderes políticos de la época para juzgar al pueblo de Israel y para cumplir su designio, Dios en Cristo puede utilizar hoy ele-

mentos semejantes a los mismos fines.[1]

En amor, con amor y para amarlo, hemos de identificarnos con los problemas del hombre latinoamericano aun en medio de su revolución. Poderosa lección nos ha dejado Jesús en su constante identificación con el pecador. Tenemos que hacer lo mismo si hemos de ser legítimos seguidores de él. Hoy como nunca, estamos llamados a identificarnos con las agonías. los sufrimientos, la miseria y la bajeza de nuestro prójimo. Es Pablo quien nos señala que debemos "ser imitadores de Dios como hijos amados"... (Ef. 5:1-2). La ética cristiana dentro de la revolución debe estar basada en el amor de Dios y a nuestro prójimo latinoamericano.

Al estudiar la vida de Jesús en el Nuevo Testamento, encontramos toda la base de la ética que es indispensable en la vida del cristiano de América Latina. Etica que ha de aplicarse en nuestra participación dentro de la revolución. Jesús, como verdadero revolucionario, actuó basado siempre en el amor. El lloró antes de volcar las mesas de los cambistas y con esto nos ha dicho que antes de enojarnos y violentarnos por las injusticias sociales, debemos amar aun a los culpables de las injusticias y de las explotaciones. "Sólo tienen derecho de matar, los que primero saben llorar". Como revolucionario que trastorna todo, que destruye todo para construir luego, Cristo no nos deja cómodos ni comulga con nuestros status. El invita a su pueblo para que también declare una revolución de los verdaderos valores tan olvidados en Latinoamérica y en

---

[1]Philippe Maury, Cristianismo y Política, Argentina: Methopress, Editorial y Gráfica, 1964, p. 58.

el mundo entero. Esta proyección de la ética cristiana, al final de cuentas, solo podrá indicarnos que la verdadera revolución es la que opera Cristo en nuestras vidas llenándonos de poder y de paz completa. La ruinosa revolución no solo es el matar sin amor, sino el no querer que Cristo reine sobre nuestras vidas.

> La ética como juicio del pecado, condena nuestea desobediencia en situaciones dadas, asî cimo todas las presiones políticas y sociales de nuestra época. La ética como exhortación a vivir según el Espíritu Santo, nos mostrará la forma en que esa vida espiritual puede proyectarse en un contexto social y cultural determinado.[1]
>
> Cuando los acontecimientos políticos amenazan la esencia del evangelio, cuando el Estado promulga leyes que minan los fundamentos mismos de la fe cristiana y pervierte la naturaleza de la iglesia, como en el caso de la legislación antisemita de Hitler, la Iglesia no tiene otra actitud posible que pronunciarse y protestar oficialmente llegando a instar a sus miembros a desobedecer al Estado.[2]

Se ha mencionado que existen leyes que minan los fundamentos de la fe cristiana. ¿No debemos entender con esto que se ha minado los fundamentos de la fe cristiana cuando se explota a todo un continente, el cual queremos llevar a Cristo y a la mayor dignidad humana? El cristianismo está revestido de una ética que lo obliga a responder frente a las injusticias y nos impulsa a cambiar las arcaicas estructuras. ¿Podemos hacerlo sin agravar el caos social y las normas morales?[3] Muchos temen los cambios que se piensan hacer, pero no hay razón fundamental para ello ya que los cambios son éticamente naturales.[4] La Iglesia debe re-

---

[1]Ibid.

[2]Ibid.

[3]Paul Abrecht, Las Iglesias y los Rápidos Cambios Sociales, México: Casa Unida de Publicaciones, 1963, p. 19.

[4]Egbert De Vries, El Hombre en los Rápidos Cambios Sociales; México: Casa Unida de Publicaciones, 1962, p. 125.

velar las implicaciones éticas de cada uno de sus miembros cuando actúan dentro de la sociedad como parte del cuerpo de Cristo y del mundo. No hemos de olvidar que somos en grado sumo, ciudadanos de América Latina y por ella debemos luchar en forma responsable.

Conscientes de nuestra tarea y responsabilidad en juego con los principios éticos, no olvidemos que el mensaje de la Iglesia para el mundo latinoamericano no es más ni menos que el mensaje de Dios para todo el mundo: el amor de Cristo Jesús para salvar y redimir al hombre de América Latina como al hombre del mundo entero.[1] Esto se hace más claro cuando pensamos que la ética cristiana no puede existir sin una verdadera antrolopogía, sin saber a qué clase hombre tendremos. La antropología nacerá en la praxis, a medida que vayamos actuando, imperfecta, equivocadamente, pero a medida que vayamos humanizando la América Latina, a medida que ayudemos a nuestros prójimos a convertirse en hombres delante de Dios.[2] Hombre aquí y de acuerdo con la meta de San Pablo: "...la medida de la edad de la plenitud de Cristo. Debemos luchar por ambas realidades.

Lo que Dios está haciendo en la presente hora latinoamericana, nos debe indicar no solo sus variadas maneras sino que, junto con ello, debemos esforzarnos por darle al hombre de nuestro continente su verdade-

---

[1]Dietrich, Bonhoeffer, E Thics, p. 320.

[2]Nestor García, Hombre, Ideología y Revolución en América Latina. Montevideo, Uruguay:Publicado por "Iglesia y Sociedad en América Latina" y el centro de Estudios de la Federación de Iglesias Evangélicas del Uruguay, 1965, p. 46.

ro lugar dentro de la historia. Esto es luchar por su verdadera humanización bajo una orientación cristocéntrica. Esto implica aceptar el llamado de la historia, encarnarnos responsablemente dentro de esa historia para darle el verdadero sentido cristiano a la revolución que se está librando en América Latina. Este debe ser nuestro énfasis frente a una situación donde el hombre lo hacen y se hace, cada vez menos hombre.

CONCLUSION

Hemos abordado un muy discutido y controversial tema cual es, la revolución en América Latina. Enfocado desde el punto de vista de un militante de la Iglesia Evangélica. Iglesia que ha estado al margen de todas estas cosas, lo ha hecho más difícil. Pero hemos querido ser sinceros con nosotros y con la historia. Al final de esta investigación, sentimos que la inquietud que por años hemos tenido en cuanto al tema, sigue en estado creciente y también el interrogante: cómo podemos y debemos los cristianos de dos mundos y de dos reinos, responder y orientar al hombre latinoamericano en sus múltiples problemas. Creemos que nuestra responsabilidad no ha de seguir siendo la de cobarde espectadores balconistas. Dios, que también es Dios de América Latina, nos ha capacitado con un mensaje que puede penetrar la más grave crisis, porque el mensaje suyo es muy superior a todoas las crisis. Creemos que la Iglesia evangélica ha presentado un mensaje a este continente tan necesitado. Pero lo triste y cierto es que no hemos dado a nuestro prójimo, próximo, latinoamericano, el mensaje de "buenas noticias" que él necesita para su aquí y su ahora.

Resulta evidente que nustros males, como dijera el Sabio. No son nuevos debajo del sol de América Latina. La historia, de nuevo, ha ratificado la viejaz verdad de la igualdad básica del hombre en su pecado, m aldad e injusticia total: vivimos hoy, aunque en otra situación, en medio de problemas que hemos visto a través de toda la historia. Con un verdadero eslabón histórico, se han venido madurando todas las condiciones prerevolucionarias que ahora con mayor crudeza, agobian al hombre latinoa-

maricano y por ende a toda la Iglesia cristiana.

Como nunca antes, nos hemos percatado del pecado de la injusticia social. Pecado que es mayor que todos los que están en la lista de la Iglesia tradicional. Frente a tanto pecado creciente, se impone la voz profética , no cómplice, de una Iglesia que viene durmiendo por muchos años cual Jonás en medio del clamor angustiante. 'En qué hora nos ha tocado vivir'

Aceptamos el reto histórico salir de nuestro retén de Iglesia, para ir al encuentro del hombre latinoamericano y para andar en su mismo camino de angu stia. Pero salimos comprometido con el mensaje que en última instancia es el reflejo de toda una vida que da vida en abundancia: Jesucristo. Frente a la rebelión de las masas latinoamericanas, rebelión evidentemente justificada porque es búsqueda de cambio y esto a corto plazo, la Iglesia ha vivido como opiante "refugio de masas". Aceptamos el reto de permanecer dentro de esa misma Iglesia en su forma múltiple de expresión carismática. Dentro de ella, queremos servir al Dios de la historia como elemento catalíco y concientizados. Convencido de nuestra cobardía y falta de amor pedimos que en nuestras vidas y en llas de otros, se haga vida y camino el mensaje, otro mensaje, de esta oración:

Oh, Señor, Padre nuestro celestial, que por tu bendito Hijo nos has enseñado que tu eres amor, rogámoste que en tu bondad infinita bendigas a todos aquellos que, siguiendo tus pasos, se consagran al servicio de sus prójimos latinoamericanos. Concédenos clara visión para que podamos percibir las perversiones de nuestro orden socio-económico, político y también religioso. Señor, queremos que nos conce-

das claro criterio, valor y perseverancia para procurar justicia a aquellos que sufren todo tipo de injusticia. Dótanos de un sincero amor para ministrar a los pobres, a los que sufren y a los que están solos. Haznos sensibles a tu voz guiadora. Ayúdamos a buscar nuestra unión en tu Nombre, como hijos tuyos, para que juntos luchemos sabiamente a fin de ordenar todas las cosas entre nosotros de acuerdo con tu voluntad agradable y perfecta. Por el amor de aquel que entregó su vida por cada hombre de nuestro continente y del mundo, tu Hijo, nuestro salvador y fiel amigo, Jesucristo. Amén.

BIBLIOGRAFIA

Adams, Sosa. El Cristianismo y una paz Justa y Verdadera. Argentina: Imprenta Metodista, 1948. p. 26.

Abrecht. Las Iglesias y los Rápidos Cambios Sociales. México: Casa Unida de Publicaciones, 1963. p. 19.

América Hoy. (Varios autores). Uruguay: Publicaciones de Isal, Editorial Tauro, 1967. pp. 100-107.

Barth, Karl. Communauté Chrettiene et Communaute Civile. p. 16.

Bonino, J. Miguez. Encuentro y Desafío. Argentina: Editorial La Aurora, 1962. p. 30.

Berdiaeff, Nicolás. La Afirmación Cristiana y la Realidad Social. México: Casa Unida de Publicaciones, 1963. p. 115.

Crawwford, R. William. El Pensamiento Latinoamericano de un siglo. México: Editorial Limusa-Wiley. 1966. p. 52.

Cullman, Oscar. El Estado en el Nuevo Testamento. Traducción del Dr. Enrique Bimbernat. Madrid: Ediciones Taurosm 1966.

Gonzáles, Justo. Revolución y Encarnación. Puerto Rico: Seminario Evangélico de Puerto Rico, 1965. p. 57.

García, Nestor. Hombre, Ideología y Revolución en América Latina. Montevideo-Uruguay: Publicado por "Iglesia y Sociedad en América Latina" y el Control de Estudios de la Federación de Iglesias Evangélicas del Uruguay, 1965.

Howard. La otra Conquista de América. México: Casa Unida de Publicaciones, Apartado 97 Bis.

Louis, Simón. Testimonium. Revista de los Movimientos Estudiantiles Cristianos de América Latina, Vol. X, N° 2, 1964.

Maury, Philippe. Cristianismo y Política. Argentina: Methopress, Editorial y Gráfica, 1964.;

Romano. Guardini, Sentido de la Iglesia. San Sebastían, España: Editorial Dinor, 1958.

Shaull, Ricardo. El Cristianismo y la Revolución Social. México: Apartado 97 bis, Casa Unida de Publicaciones.

Santa Ana, Julio. Responsabilidad Social del Cristiano. Isal. 1964.

Shinn, L. Roger. Tangled World. New York: Charles Scribner's Son.

Vries, Egbert. El Hombre en los Rápidos Cambios Sociales. México: Casa Unida de Publicaciones, 1962.

Revistas

A Todo Cristiano Consciente. Revista del MEC.

Barbieri, Flavio. Cristianismo y Sociedad. Isal. Montevideo-Uruguay: 1964. N° 4.

Bonino, José, Miguez. Cuadernos. N° 4. Octubre-Diciembre, 1961.

Cárdenas, Gonzalo. Cristianismo y Sociedad. N° 5, Montevideo, Uruguay, 1964.

Castro, Emilio. Cuadernos Teológicos. Tomo X N° 2. Abril-Junio, 1961. Buenos Aires: Editorial y Librería La Aurora, S.R.L., Corrientes 728.

Cristianismo y Sociedad. (Varios autores) Publicaciones de Isal. 1967.

Castro, Josué. Cuadernos. Abril, 1963.

Cristianismo y Sociedad. N° 13. (Varios autores). Isal. 1967.

Camargo, Lleras. Cristianismo y Sociedad. N° 13, 1967.

Conteris, Hiber. Cristianismo y Sociedad. Montevideo-Uruguay: Publicaciones de Isal. N° 5, 1964.

Escobar, Samuel. Diálogo entre Cristo y Marx. Lima, Perú, Editorial Nueva Educación. Balconcillo, 1967.